

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

ALGUIEN VOLO SOBRE EL AIDO DE LA MAFIA

Frank Caudett





PUNTO ROJO



FRANK CAUDETT

**ALGUIEN VOLO
SOBRE EL NIDO
DE LA MAFIA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.083
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 38.255 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1983

1ª edición en América: julio, 1983

© Frank Caudett - 1983

texto

© S. Fabá - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1983

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

1.061 — Maite, la chica de la radio.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.665 — Un crimen en mi escalera.

En Colección CALIFORNIA:

1.374 — La curva del gatillo.

En Colección KANSAS:

1.275 — Vamos... ¡dispara! ¿Qué esperas?

En Colección BUFALO:

788 — ¡Impasible!

En Colección COLORADO:

1.312 — Oklahoma.

En Colección BISONTE:

1.056 — Justicia en Monterrey.

En Colección BR AVO OESTE:

503 — Plomo en la amistad.

En Colección SALVAJE TEXAS:

637 — Memorándum para un sheriff.

En Colección ASES DEL OESTE:

490 — Odio.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

553 — Abigail del Oeste.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

624 — No desearás el ferrocarril de la Union.

«Descubrimos y comprobamos debidamente que los gangsters de hoy en día trabajan de forma altamente organizada y son más poderosos que nunca. Controlan las figuras políticas y amenazan a todas las comunidades. Han extendido sus tentáculos tanto a las industrias grandes como a las pequeñas. Cada día se vuelven más fuertes».

ROBERT FRANCIS KENNEDY

«Está claro que, a menos que se adopte alguna medida drástica, todo negocio legítimo no tardará en pagar su tributo, de una forma u otra, al mundo del hampa».

SATURDAY EVENING POST

CAPÍTULO PRIMERO

Era un rito consuetudinario.

Un hecho que se repetía diariamente y a la misma hora.

Algo así como una tradición secular.

El coche, un Fiat negro, blindado y reluciente, cuyas ventanillas traseras ocultaban la identidad de su pasajero tras unas oscuras y tupidas cortinas, se detenía a las once y treinta y cinco minutos de la mañana en la confluencia de Viale Lacio con Via Della Libertá, en pleno centro de la siciliana ciudad de Palermo.

Descendían dos tipos, elegantes, vestidos con ternos gris merengo con fina y apenas perceptible raya blanca, sombrero gris también con cinta negra ladeado al mejor estilo gangsteril de los viejos tiempos, que no por su atuendo severo y almidonado conseguían ocultar su condición de guardaespaldas, de gatilleros.

Ambos, tras escrutar con minuciosa atención el entorno que les rodeaba, inquisitivamente, volvían luego sus rostros hacia el vehículo y cruzaban una mirada de inteligencia con el personaje que aguardaba en el interior, como otorgándole su aquiescencia para que se apease y, acto seguido, echaban a caminar con lentitud por la Via Della Libertá.

Entonces bajaba él.

Calogero Caretti.

Muy alto y excesivamente encorvado. Con cerca de ochenta años sobre las costillas. Escaso cabello blanco y tez cetrina de piel muy arrugada.

Quizá para establecer un evidente contraste con sus guardaespaldas, Calogero Caretti, último bastión viviente de la genuina Sociedad de la Mano Negra (Mafia) —a la que seguía controlando férreamente en la isla, con sus tentáculos estirados sobre la Cosa Nostra norteamericana como «consejero»—, vestía deportivamente: sahariana ocre y pantalón de igual color, sombrero

de paja cintado en azul claro, zapatos blancos de rejilla y un pañuelo *beige* anudado al cuello con descuido.

Al salir al exterior lanzó el profundo suspiro de cada día.

—¡Venga, bambina! ¡*Súbito!* —exclamó, estirando hacia la portezuela una de sus sarmentosas manos—. ¡No podemos desaprovechar ni un átomo de este bellísimo sol siciliano!

—¡Papá! —se sulfuró la bellísima hembra que asomaba su hermoso rostro afuera—. ¡Ni que fuéramos a apagar fuego!

—¡Oh, hija mía! ¡Mi preciosa bambina! ¿Es que no lo comprendes? A ti te queda mucho sol que tomar, pero..., ¿y a mí? ¡La vida huye precipitadamente de este cuerpo viejo, de este pergamino de piel y hueso! ¿No lo entiendes, Vicenzina?

Vicenzina Caretti había salido finalmente del negro y blindado Fiat.

Sus dieciocho rutilantes primaveras y su depurada hermosura hacían de ella una de las presas más codiciadas de los ardientes galanes panormitanos. Pero también era muy cierto que ninguno de ellos se atrevía a acercarse a la extraordinaria Vicenzina a menos de quince metros a la redonda porque los guardaespaldas de don Calogero se encargaban de que así fuera por orden expresa y tajante del padre.

Vicenzina era la menor de las hijas habidas en el tercer matrimonio de don Calogero Caretti y, por esa razón, el viaje mafioso, sentía una acusada debilidad hacia la muchacha y un exacerbado instinto de protección..., lo cual, todo hay que decirlo, fastidiaba enormemente a la guapísima siciliana.

—¿No te cansas de pasear siempre por el mismo sitio, papá?

Don Calogero se volvió hacia su hija con expresión de censura; como si ésta acabase de pronunciar un sacrilegio. Y dijo con actitud filosófica:

—¡Qué poco apreciáis lo bello los jóvenes! Éste es uno de los mejores lugares de Palermo. ¡Bendición de Dios, *mamma mía!*

Vicenzina no hizo el menor comentario. La experiencia le había enseñado a declinar las controversias con su anciano padre. Se limitó a colgarse del brazo que él le ofrecía y echaron juntos a caminar.

Como a unos veinticinco metros por delante iban los guardaespaldas. Y diez por detrás, a lo sumo, pegado a la acera, les

seguía el Fíat blindado y negro.

Aparecieron de pronto.

Extraña e inesperadamente.

Dos jóvenes. Una chica y un muchacho.

Dando la sensación de que habían nacido, así, de golpe y porrazo, entre dos de los frondosos arbustos que rielaban el amplio paseo de la ciudad de Palermo, aquella Via Della Libertá que tras convertirse en Via Maqueda y después Via Oreto, seguía plácido camino hacia Agrigento.

Un chico y una chica, sí. Bloc y bolígrafo en ristre.

Joviales los rostros, extrovertida la expresión.

—¡Don Calogero! —exclamó la muchacha—. ¡Sólo pretendemos una breve entrevista! ¡De veras! ¡Somos corresponsales en Sicilia del *Daily Mirror*! No va a negarnos unas palabras, ¿verdad?

—¡Claro que no! —intervino el compañero, casi pisando las últimas palabras de la chica—. ¡Todos conocen la proverbial amabilidad de don Calogero con la prensa!

—¿Es cierto que la Mafia es un imperio caduco que tiene sus días contados, don Calogero? —preguntó la muchacha, alzando la cubierta del bloc y preparando el bolígrafo para anotar la respuesta del anciano mafioso. Se dice por ahí que usted será el último «don» de la Sociedad, ¿lo cree usted así, don Calogero?— se disparó el muchacho, mirando fijamente a Caretti.

La intervención de aquellos periodistas había sido tan rápidamente espontánea que había pillado por total sorpresa no sólo a Calogero Caretti, sino también a sus enlutados guardaespaldas que ahora, al cabo de un par de minutos, habían reaccionado al fin y volvían sobre sus pasos, veloces, crispadas las expresiones y dispuestos a violentar de mala manera al par de corresponsales.

Calogero alzó la diestra con una energía que no se podía adivinar en su caricaturesca naturaleza, conteniendo, autoritario, la más que presumible explosión brutal de sus gatilleros.

—¡Quietos, quietos! ¿Por qué sois tan violentos? ¿No os dais cuenta de que son indefensos periodistas?

—Deje que les registremos al menos, señor Calogero... —apuntó uno de los guardaespaldas.

—¡Por Dios, Carlo! Si haces eso..., ¿qué opinión se van a llevar

de mí esta simpática pareja? ¿Y qué escribirán si cometemos semejante grosería? —Miró a los dos periodistas y muy en especial, con ojillos brillantes y libidinosos, recorrió los evidentes y agresivos recortes de la pujante anatomía de ella. Le preguntó—: ¿Cómo te llamas, muchachita?

—Ajita... Ajita Donovan, don Calogero. ¡Ah...! —Le dedicó al anciano una picara y excitante sonrisa—. ¡Quisiera pedirle un favor!

—Todos mis favores son tuyos, pequeña. ¿De qué se trata?

—Verá... —Ella procuró agitarse para que sus pechos, en cuyo canal estaba centrada toda la atención del mafioso, desbocaran levemente el escote—, antes de seguir con la entrevista, y aunque sabemos que usted no es muy dado a ello..., quisiéramos que nos permitiese tomar unas fotografías...

—¡Eso, don Calogero! —intervino el compañero de Ajita—. ¡Unas fotos del brazo de su hija impresionarán notablemente a la opinión pública!

—¡Claro, don Calogero! —Tomó Ajita el relevo, para seguir con las andanadas desconcertantes y no darle demasiado tiempo a pensar—. La gente tiene una opinión equivocada de usted, suponen que carece de sentimientos... ¡Cuando le vean del brazo con su preciosa hija aceptarán su dimensión humana!

—Está bien, está bien... —accedió tenuemente y sin dejar de recorrer la explosiva figura de Ajita—. Pero ¿y el fotógrafo?

—¡Franco, ya puedes venir! —gritó la chica. Y mirando al anciano, explicó—: No queríamos fotografiarle sin su permiso..., ¡y ya ve que habríamos podido hacerlo con el teleobjetivo!

Apareció Franco Kano con una voluminosa Minnolta colgada del cuello por medio de una correa de cuero. Se plantó frente a Calogero y su hija, diciendo:

—Quietos así..., ¡como están! Sólo es un minuto... —Y se arrodilló para impresionar la placa.

—¡Sonríe, sonríe, mi pequeña *ragazza*! —exclamó Calogero, dando un suave codazo a su hija—. ¡Sonríe, Vincenzina! Esto es para la posteridad.

La muchacha forzó la sonrisa que le exigía su padre, mientras éste trataba de estirarse al máximo.

Los guardaespaldas mascullaron algo entre dientes, porque no parecían estar conformes con la escena que se desarrollaba en plena

Via Della Libertá una escena que truncaba la monotonía metódica y matemática del cotidiano paseo de don Calogero Caretti.

Y tenían razón, sí.

Porque el supuesto corresponsal del *Daily Mirror* giró hacia ellos, centelleante, cubriéndoles con el cañón de la pavonada *Parabellum* que lucía enroscado un tubo silenciador.

—¡Basura! —rugió con feroz sonrisa—. ¡Iros a la mierda!

Y le dio al gatillo moviendo la automática en abanico.

¡PLOC! ¡PLOC! ¡PLOC! ¡PLOC! ¡PLOC!

Fueron cinco disparos válidos. Certeros y matemáticos. Propios de quien está harto acostumbrado al manejo de las armas..., *de quién se gana el sustento asesinando con ellas.*

Carlo y su colega cayeron abatidos sin pronunciar una sílaba. Alcanzados en partes vitales. Muertos y bañados en sangre.

Una mueca de estupor y pánico contrajo las arrugadas facciones de Calogero Caretti.

Y con esa absurda expresión se fue al otro barrio.

Porque la explosiva, ardiente, guapa y dicharachera Ajita Donovan había exhibido velozmente una navaja de resorte enviándola, centelleante, al cuello del anciano mafioso.

Le atravesó la garganta de un limpio tajo, cercenándole la yugular. El limpio tajo dejó de serlo al cubrirse con borbotones caudalosos y rojizos que manaban del cuello de un Calogero Caretti que había perdido la vida, instantáneamente, cayendo atrás con pesadez.

—¡Aaaaag! —Vincenzina alzó las manos, desesperada, tratando de ocultar a sus bellos ojos tanto horror—. ¡Asesinos! ¡Auxil...!

Esta última palabra quedó cortada en sus labios.

Porque el asesino de los guardaespaldas se había revuelto ya para seguir pulsando, con expresión cruel y satisfecha, el gatillo de la negrísima *Parabellum*.

¡PLOC! ¡PLOC!

Sólo un par de plomos.

Suficientes para levantar la tapa de los sesos el primero y clavarse entre los pechos de Vincenzina Caretti el segundo, proyectándola violentamente contra el grueso tronco del inmediato arbusto, hacerla trastabillar contra él, aferrar ambas manos al tronco... y deslizarse arañando la corteza hasta quedar

grotescamente apelonada su esbelta figura en el hueco maloliente al que acudían los mosquitos llamados por el orín de perros y niños.

El chófer del Fiat negro blindado se había producido con excesiva torpeza y enorme lentitud. Posiblemente la escenografía realizada por los asesinos le había sorprendido y desbordado como a los demás... Lo cierto es que, cuando quiso echar mano a la metralleta que llevaba bajo el asiento, Franco Kano, el fotógrafo, sustituyendo cámara por revólver, le había metido un mortífero proyectil entre las cejas derribándole encima del volante para que con la frente ensangrentada iniciase un estridente concierto de claxon.

—¡Vamos, rápido, moveos! —gritaba el compañero de Ajita.

—¡Ahí está el coche, Franco! ¡Venga, arriba! —exclamó a su vez la que se había revelado cual virtuosa de la navaja.

Un pequeño utilitario azul se acababa de detener por delante del Fiat y el conductor había saltado, raudo, a tierra, para permitir el acceso de sus tres colegas.

Un minuto después salía lanzado, peligrosamente en contra dirección, sorteando con habilidad los vehículos que le venían de frente y los rostros alarmados de cuyos conductores mostraban su estupor desde el otro lado del parabrisas, girando sobre dos ruedas hacia Via Ugdulena donde, a mitad de la travesía, se hallaba estacionado un enorme camión de mudanzas con la trampilla trasera bajaca y unas guías de acceso dispuestas, las que enfiló el utilitario para introducirse en la caja del camión.

Treinta segundos después, el pesado vehículo, cerrado a cal y canto, abandonaba el aparcamiento emprendiendo una marcha moderada por las calles de Palermo.

—¿Cómo dice...? Es que no le oigo bien.

—¡Mierda! —masculló entre dientes el que generaba la llamada de larga distancia. Y alzando la voz—: ¡QUE ME COMUNIQUE CON EL SEÑOR NEWMAN!

—Imposible, señor... —rechazó la telefonista. Razonando—: Se encuentra presidiendo una junta del Consejo de Administración. — ¡Como si quiere estar acostado con Ali McGraw!

—¿Qué... qué ha dicho?

—¡Si estuvieras haciendo de puta que es lo tuyo! —volvió a mascullar por lo bajo. Y elevando de nuevo el tono hasta cotas de

energúmeno, bramó—: ¡QUE LO INTERRUMPA...

IN-TE-RRUM-PA!

¡DÍGALE QUE LLAMA RENE MORALES DESDE SICILIA! ¡ES MUY URGENTE...! ¿ENTIENDE, PEQUEÑA ESTÚPIDA?

¡UR-GEN-TI-SI-MO!

—Bien, está bien... Lo intentaré. Pero la responsabilidad será sólo de usted si el señor Newman me...

—¡Muérete ya!

—¿Cómo...? ¿Ha dicho algo?

—¡QUE ABREVIES!

Apenas un par de minutos más tarde era una voz masculina, con impacto ansioso, la que preguntaba:

—¿Morales...? ¿Eres tú, René?

—Sí, señor Newman. Hablo desde Palermo...

Una vibración nerviosa, un *impasse* jadeante al otro extremosa varios miles de kilómetros, y:

—¿Cómo ha ido todo. René?

—Confirme a las previsiones, señor Newman. Todo ha salido perfecto. Mañana por la mañana estaremos en Washington.

—¡Felicidades, Morales! ¡Ah... y buen viaje!

Washington D. C., setiembre 1982.

Los dos hombres, escoltando a la mujer que iba entre ellos, penetraron decididos, en el vestíbulo del edificio señalado con el número 1206 de la John Fitzgerald Kennedy Avenue. Uno de ellos, el que estaba a la izquierda de la hembra, llevaba colgando del hombro derecho una voluminosa máquina de fotografiar.

Era un vestíbulo amplio, moderno, suntuoso si se quiere, pero nada recargado, poco ostentoso. Pese a que en sus pisos y apartamentos vivía cantidad de gente importante. Pero también moderna y amante de lo sencillo, enemiga de la sofisticación.

Sería por eso que el conserje andaba por allí con una camisa a cuadros que le daba aires de camionero y unos *blues jeans* con dobladillo al final de las perneras.

El muchacho se interpuso entre el terceto y las cabinas de elevadores con la misma decisión que aquéllos utilizaban.

—¡Eh, amigos, *stop*! —exclamó con una sonrisa—. ¿Adónde se

dirigen tan raudos?

—¡Vaya! —sonrió a su vez el de la cámara fotográfica—. ¿Os dais cuenta, familia? ¡Un tipo simpático!, ¿verdad?

—¿No te olemos a periodistas, muchacho? —inquirió el otro, mirando abiertamente al conserje.

—Más que eso... ¡diría que apestaís a plumíferos! —Y soltó una carcajada. Inquiriendo—: ¿Cuál es vuestra presa de hoy?

—El senador Kervin McClure —repuso Ajita con la más insinuante y provocadora de sus sonrisas—. Hemos quedado con él para las once. Si nos permites...

El conserje, muy jovial él y hasta muy cachondo diríase, miró a la periodista intencionadamente. Y:

—Estás muy buena, prenda..., pero me han enseñado que hasta las chicas que están así de buenas, mienten. Todos los de la prensa empleáis los mismos «registros». Mi obligación, familia, es comprobar vía teléfono que efectivamente, el senador os aguarda a las once. Sólo será un minutillo...

Ajita Donovan se había inclinado de repente, pasando la mano derecha alrededor de su tobillo y recorriendo la pierna hacia arriba, exclamando, al tiempo que alzaba su corta y estrecha falda tejana:

—¡Vaya por Dios! ¡Me he jorobado la media! Una carrera... —Alzó sus ojos grandes, suplicantes y cálidos hacia el conserje—. ¿No tienes por ahí un rincón donde pueda cambiarme estas medias, fiel guardián?

—Para ti, muñeca, tengo hasta una cueva llena de tesoros. Ven...

La precedió hasta el cuarto donde las mujeres de la limpieza guardaban sus enseres. Abrió la puerta y encendió la luz.

—¿Te vale esto, preciosa?

—Por supuesto. Y tú también me valdrías...

—Y éstos, ¿qué?

—Uno es casado y el otro marica —dijo la hembra, arremangándose la falda y haciendo como que empezaba a quitarse la media.

El conserje se quedó sin resuello al contemplar los preciosos y dorados muslos de la muchacha.

—¿Cuándo me permitirás usarlos, muñeca?

—Depende de ti, ladrón...

—Sólo un beso. Ahora...

—Bueno. Si sólo es un beso...

El conserje se inclinó.

¡PLOC!

A bocajarro. Con el cañón de su automática provista de silenciador prácticamente empotrado en la nuca del conserje, Rubén Kreuser, el que ya diera pruebas de su efectividad como profesional del crimen en Palermo, acababa de asesinar al empleado. Lo empujó de un violento patadón contra les estanterías que había en la estancia, empotrándolo con otro punterazo entre la última y el suelo.

—¡Daos prisa! —les instó desde el vestíbulo Franco Kano el que pasaba por fotógrafo—. ¿Hacía falta que te lo cargaras, Rubén? —inquirió Ajita—. Bastaba con un culatazo, ¿no?

—¡Estúpida! —Le escupió, acercándole el rostro y mostrando sus dientes amarillentos en fiera sonrisa—. ¿Has olvidado las instrucciones de René Morales? ¡No puede quedar ni un solo testigo de nuestras acciones!

—Sí..., tienes razón. A lo peor es que este menda me caía bien, ¿sabes?

—Si vas *movida*, nena, prueba a meterte en la cama conmigo —amplió su obscena sonrisa.

—¡Me das asco, Rubén! ¡ASCO con mayúsculas! No lo olvides. Antes muerta que en la cama contigo, ¿te enteras?

—¿Pero qué pasa ahí dentro? ¿Eh? —se desesperó el fotógrafo.

Salió la pareja cerrando Kreuser el cuarto de los trastos y corrieron los tres hacia uno de los elevadores.

—Tenemos el tiempo justo —siguió insistiendo Franco Kano—. Si alguien descubre el cadáver del conserje vamos dados.

—¿Y quién va a ir a buscarlo al cuarto de la limpieza? —rió Rubén, haciendo saltar en la palma de su mano la llave de aquél.

Se detuvo el ascensor en la planta diecinueve.

—¡Venga! —exclamó la mujer—. Hemos llegado.

Salieron al corredor dirigiéndose al apartamento señalado con la letra K.

Rubén oprimió el zumbador.

Se abrió la puerta casi de repente. Al instante.

—¡Hola! ¿Qué desean?

Era una mujer que no había alcanzado los 30. Rubia natural, con el cabello largo y ojazos muy azules, transparentes. En sus labios sensuales con la pintura algo corrida, traía impresa una sonrisa cordial. La bata era permeable y cortita. Desabrochada por arriba con generosa exhibición de parte de sus senos altivos, pletóricos, excitantes. Por abajo una estupenda porción de sus lozanos y blancos muslos.

A Rubén Kreuser, libidinoso él en grado superlativo, casi se le caía la baba.

—Somos del *Daily Mirror*, señora —intervino con presteza Ajita, ante la lujuriosa turbación del puerco de Rubén, que seguía comiéndose a la mujer con los ojos—. Venimos a entrevistar a su marido... Porque usted es la esposa del senador McClure, ¿verdad?

—En efecto —cabeceó ella, haciendo como que ignoraba la acometida visual de Kreuser. Añadiendo—: Pero si Kevin no les ha dado hora... y que yo sepa no esperaba hoy a ningún periodista, han hecho el viaje en balde. Tienen que telefonear a su oficina y ponerse de acuerdo con el jefe de su gabinete de prensa.

—¡Oh..., qué lástima! —exclamó Ajita, con un gesto de patética frustración. Y—: ¡Oiga, señora, de mujer a mujer! Ahora que ya estamos aquí..., ¿no puede usted interceder por nosotros? Nuestra mano izquierda con los hombres nunca falla. Y hasta los senadores deben sentir debilidad por sus esposas, ¿no?

La mujer amplió su cordial sonrisa.

—Por lo que respecta al trabajo mi influencia con Kevin es nula. Siento decepcionarla, señorita. Sigán el conducto reglamentario y él les atenderá debidamente en su momento. Y ahora, si me perdonan...

Ensayó el gesto de cerrar la puerta. Pero Rubén Kreuser lo impidió con su bota, al tiempo que decía:

—No nos gusta perder el tiempo, zorra. ¿En qué prostíbulo trabajabas antes de casarte con el cabrito de Kevin McClure?

—¡Maldito repugnante! —exclamó Grace Holden, señora de McClure—. ¿Qué diablos se ha creído usted? ¡Ahora verá!

Iba a gritar el nombre de su marido reclamando su inmediata presencia. Eso debió querer hacer, sí.

Pero no lo hizo, no.

Porque Ajita Donovan, con una pérfida mueca en su rostro bello

y cruel al mismo tiempo había exhibido, precipitadamente, su letal navaja. Y no es que solamente la hubiera exhibido, no. Es que con una crispación sardónica en sus labios carnosos y sensuales había hundido el acero, brutal y despiadadamente, en el vientre de Grace Holden. Una catarata de sangre empapó la bata de rojo tiñendo su color original al tiempo que una mueca de estupor y pánico se dibujaba en las facciones de la mujer.

La falsa periodista, con fiero sadismo, tiró hacia atrás de la navaja para proyectarla otra vez, rojos y turbados los ojos por la visión cegadora de la sangre, contra el pecho de la señora McClure.

—¡Muere, perra!

Rubén taponó la boca de la víctima para que no pudiese lanzar la menor exclamación, mientras decía a su criminal compañera:

—¡Ya vale, Ajita, ya vale! No me la mates del todo. Quiero hacerle unas cositas y quiero que se dé cuenta de que las hago...

—¡Grace! —exclamó entonces una voz masculina desde el interior del apartamento—. ¿Qué ocurre? ¿Quién es? ¡Grace!

Ajita y Franco cruzaron una mirada de inteligencia avanzando de inmediato hacia dentro.

—¡Somos corresponsales del *Daily Mirror*, senador McClure! —exclamó Ajita conforme llegaban al *living*.

De una de las puertas adyacentes, la de uno de los dormitorios, volvió a surgir la voz del hombre, con inflexión de extrañeza, preguntando:

—¿No está mi esposa con ustedes?

—Sí... —soltó Franco Kano, nervioso, mordiéndose el labio inferior—. Pero ha bajado a recepción porque..., porque el conserje nos ha dicho que tenía un paquete para ustedes.

—¿Y cómo Ralph no ha llamado por teléfono para decir eso y para advertirme de la llegada de ustedes? Además, yo no...

Kevin McClure, ciñendo a su cintura apresuradamente el pantalón del pijama, asomó, con expresión desconcertada y desconfiada, al *living*.

—A ver si aclaramos esta situación —anunció—. ¿Quiénes han dicho que son ustedes?

—Nosotros, senador —tomó de nuevo la voz cantante el falso fotógrafo—, somos los representantes de un buen número de norteamericanos que ya están hasta las pelotas de la Mafia y de los

cerdos políticos, COMO USTED, que trabajan para esa asquerosa organización..., ¿entiende?

McClure, que debía tener unos cuarenta, apariencia deportiva y facciones correctas, entendió al punto lo que aquello significaba. Pero la obsesión por su esposa y por lo que aquellos asesinos — porque él ya sabía que eran unos asesinos— hubiesen podido hacer con ella se impuso. Y:

—¿Dónde está Grace? ¿Qué han hecho con ella?

—Está en muy buenas manos, senador —repuso Ajita con despótico sarcasmo. Añadiendo—. Será mejor que se preocupe por usted.

Franco Kano ya lucía su revólver y con él encañonaba rectamente al senador.

La vieron temblar, estremecerse...

—¡Tengo dinero! ¡Mucho dinero! ¡Tanto como ustedes no hayan podido imaginar nunca!

—¿Oyes, nena? El caballero nos quiere sobornar. ¿Qué hacemos?

—¡Esto! —rugió Ajita.

Y al tiempo que pronunciaba la cruel exclamación su navaja salió despedida por los aires hasta incrustarse en la garganta de Kevin McClure.

—¡AAAAAAG! —empezó a caer, de rodillas, llevando ambas manos al cuello con el propósito de tirar del mango que mantenía el acero incrustado en su carne.

—No puedo resistir la tentación... —soltó el fotógrafo con maléfica sonrisa en su boca de asesino.

Y cuando el senador quedaba definitivamente de rodillas, vacilante y oscilando...

¡BANG! ¡BANG!

... Le clavó dos proyectiles en la cabeza largándole hacia atrás, despedido con violencia, hasta hacerlo trompicar contra una de las patas de la mesa que había en el *living*.

Muerto.

—¡Excelente puntería, fotógrafo! —celebró Ajita, con la misma alegría que si su criminal compañero acabara de obtener un premio en una caseta de tiro al blanco.

—¡Vámonos de aquí! —exclamó Kano, echando a correr pasillo

atrás.

Se tropezaron con Rubén que, abrochándose los pantalones, corría a la inversa.

—¿Habéis acabado con él?

—¡Claro! —estalló Ajita—. Pero..., ¿adónde vas ahora?

—¡Tenemos que llevarnos una cosa! Orden de René.

—¿Una cosa? —se desesperó el fotógrafo—. ¡La madre que me parió! ¿Es que quieres que me cojan con las manos en la masa? ¡Yo me largo!

Rubén se plantó delante con expresión homicida.

—¡Tú te quedas hasta que yo termine, cabrito de mierda! Las instrucciones de René han de cumplirse al pie de la letra..., *si queremos seguir viviendo*. Nos pagan muy bien, nos pagan generosamente..., ¡y hay que ganarse el dinero honradamente!

—¿Honradamente? —Ajita soltó una agria carcajada—. ¿Es que te has vuelto loco, Rubén?

—¡Busca lo que sea y no perdamos más tiempo! —cortó Franco Kano con manifiesto nerviosismo. Añadiendo—: Si me dices lo que es, te ayudaré.

—No. Estaos quietos y vigilad. Termino enseguida.

Kruger puso el apartamento patas arriba, pero al fin logró encontrar lo que buscaba. Salieron del lugar como almas que persiguiera el diablo..., aunque el diablo no solía perseguir a sus propias almas.

Brooklyn —New York—, setiembre 1982.

Cofey Street, 18.

Era un edificio de ladrillos rojizos con planta baja y un solo piso. Abundaban los de este estilo en aquel sector de South Brooklyn.

Dentro, arriba, en el piso, una amplia estancia de proporciones geométricamente rectangulares, en la cual, se registraba una incesante y febril actividad.

Como un despacho comercial. Como una vasta oficina con los empleados enfebrecidos en su administradora tarea.

Formando línea paralela con los mamparos este y oeste y formándola al mismo tiempo entre sí, dos hileras de mesas metálicas hasta totalizar ocho. Sentado a cada una de ellas un individuo repasando listas y pronunciando de vez en cuando en voz

alta una cantidad, que era anotada en una especie de libro registro o libro diario de aquella singular contabilidad que allí llevaban por el fulano que estaba sentado en la última mesa de la izquierda y que a su vez la transmitía a los dos —muy elegantes y acicalados ellos— que con aire de responsabilidad jerifalte estaban acomodados en el amplio bureau de caoba —único de este estilo que había en la estancia— situado en posición frontal y como tope con la pared que al otro extremo delimitaba la geometría del lugar.

Uno de ellos, frunciendo el ceño y hosco el semblante, le comentó a su compañero:

—Esto va de mal en peor, Forrester. Los ingresos por lo concerniente al control de la prostitución han descendido un 46 % con relación al mes de enero y un 57 % respecto a los de este mismo mes del año pasado. ¿Qué le vamos a explicar al señor Newman?

—¡La verdad, leche! ¿Qué le vamos a explicar si no, Huster? Que ese clan de proxenetas negros que se está adueñando del Harlem tienen a las chicas en un puño, ¡acojonadas! Ellas quieren seguir viviendo y les pagan a esos hijos de perra. Son putas, no suicidas. Y nosotros somos hombres de números, no de acción. ¡Que Sydney Newman de orden a sus pistoleros para que acaben con esa gentuza de color!

—No se trata sólo de la prostitución. Forrester —arguyó Dick Huster. Matizando—: En Harlem y también en el Bronx, las cuotas de protección han descendido en los últimos meses hasta un alarmante 59,6 %.

—¡Todo es por lo mismo! —exclamó el otro—. Esa chusma negra se está infiltrando por todas partes. Y lo que es peor: están convenciendo a nuestros «protegidos» que ellos pueden ofrecer un mejor servicio por... cuotas mucho más módicas. Te repito que nosotros estamos al margen de estos asuntos. ¿Para qué tiene el señor Newman su «equipo» de hombres de acción? ¡Que solucionen ellos la papeleta! Tú, límitate a informar fielmente de lo que ocurre... ¡y allá se las apañen!

—¡Señor Forrester! —llamó uno de los administrativos sentado en una de las mesas de la izquierda.

—¿Sí, Kramer? ¿Qué ocurre?

—El dinero del juego está ya empaquetado en fajos:

510 000

dólares. ¿Se va a llevar usted el dinero para hacer el ingreso mañana o lo dejo en la caja fuerte?

—Me lo llevaré yo, Kramer.

—Bien. Entonces lo uno al que Mason acaba de empaquetar. El de la droga blanda... —¿A cuánto asciende lo de Mason, Kramer?

—Un millón doscientos quince mil, señor Forrester.

—Bien —anunció Chad Forrester—. Sume esas cantidades y extienda la nota de ingreso para la cuenta indistinta del East New York Bank and Co, ¿de acuerdo?

—Como usted diga, señor Forrester —cabeceó el amanuense, poniendo manos a la tarea.

—Lo de la droga blanda sí que ha ido en aumento —le comentó Forrester a su colega en matemáticas Dirk Huster. Ampliando—: En lo que llevamos de año se ha registrado un incremento del 18,07 %.

—¡Hombre! —exclamó el otro—. ¡No todo van a ser malas noticias para el señor Newman!

—¿Pobre...? —Arqueó las cejas, socarrón, Chad Forrester.

—Es un decir —sonrió Huster.

—Bueno, vamos a dejarnos de charla y a ver si terminamos de una vez... —Forrester consultó su reloj de pulsera—. ¡Leche, son las diez y media! Y le he prometido a mi mujer llevarla a un teatro de Broadway.

—En menos de una hora estamos... —empezó Dirk Huster.

Empezó para enmudecer antes de concluir.

¡RA-TA-TA-TA!

¡RA-TA-TA-TA!

Un silencio de sepulcro, mayor todavía al reinante, se hizo en la estancia ocupada por los escribientes a la vez que se ponían en pie, trémulos, consultándose unos a otros con la mirada.

—¡Maldición! —exclamó ahogadamente Chad Forrester al escuchar el tableteo y oír enmudecer a su colega—. ¡Dirk! ¿Qué ha sido eso?

A Dirk Huster no le llegaba la camisa al cuello, porque aquella estridencia y estremecedora onomatopeya sólo podía provenir de los «labios» de...

—¡Una metralleta! —volvió a exclamar, sobresaltado y tembloroso Chad Forrester, contestando a su propia pregunta—.

¿Qué diablos hacen los guardias?

—Deben estar muert... —articuló Huster.

Un violento terremoto conmocionó las paredes de la estancia.

La puerta saltó de la jamba hecha jirones de madera.

Aparecieron tres hombres y una mujer con los rostros cubiertos por unos pasamontañas. De la hembra supieron por la corta falda tejana. Una falda muy masculina pese a contornear unos pródigos atractivos, unas nalgas succulentas y dejar al descubierto las piernas bien torneadas.

Pero ellos no estaban para admirar las excelencias físicas de la bélica mujer.

El que se llamaba Kramer fue el primero en alzar los brazos al techo, exclamando:

—¡No nos maten, por Dios! ¡Somos simples empleados! ¡NO NOS ASESINEN!

—¡Eh, familia! —Escupió la mujer por dentro del pasamontañas—. ¿Habéis oído? ¡Nos ha llamado asesinos!

La metralleta de Franco Kano envió una andanada mortal sobre el cuerpo de Kramer partiéndole literalmente en dos. Fue horrible contemplar la de caños rojizos que estallaron en su cuerpo hasta convertirlo en un surtidor de sangre y cómo trozos de carne impactaban en la pared quedando pegados a ella.

—¡Les daremos todo el dinero! —aulló Forrester—. ¡Todo! ¡TENEMOS AQUÍ MAS DE TRES MILLONES Y MEDIO!

—¡Qué generoso! —masculló el canallesco Rubén Kreuser.

Y apretando el gatillo de su arma le arrancó de cuajo la cabeza a Chad Forrester que se fragmentó, que se hizo añicos, al rebotar contra la caja acorazada, pintando el gris de aquélla con salivazos rojos y dejando pegados a sus paredes trozos de masa encefálica.

—¡FUEGO, ACABAD CON ELLOS! —tronó la voz del que aquella vez se había incorporado al terceto de asesinos, la voz de René Morales.

Crepitaron todas las metralletas. Se escuchó la trágica salmodia de su letal tableteo.

¡RA-TA-TA-TA-TA!

¡RA-TA-TA-TA-TA!

—¡Ni uno vivo! —insistía Morales, dándole con frenesí asesino al gatillo. En efecto.

Ni uno vivo.

Ni uno entero... porque la lluvia candente de proyectiles había reducido las anatomías a la mínima expresión.

—¡Franco, Rubén... el dinero! —ordenó René Morales—. ¡Rápido! ¡Coged la pasta y larguémonos de aquí!

Cicero —Chicago—. Setiembre 1982.

La telefonista alzó la cabeza oteando por encima del mostrador de recepción de las oficinas del Comité Local del Sindicato del Transporte, inquirendo a los recién llegados:

—¿Y ustedes? ¿A quién desean ver?

—Al señor Turner —respondió la chica que llevaba una cinta pasada por la frente y sujetando sus cabellos contra la nuca, al estilo indio—. Somos periodistas.

—¿Habían solicitado la entrevista? —insistió la del teléfono.

—Un buen periodista —intervino Rubén Kreuser—, nunca advierte a su personaje. La salsa de una *interviú* radica en la sorpresa y la espontaneidad del entrevistado.

—Lamento que el señor Turner no comparta sus teorías, amigo. Es un hombre muy ocupado y programa con antelación sus...

—Pero tú puedes echarnos un «cable», ¿verdad, rica? —la atajó el de la cámara fotográfica. Puntualizando—: Si lo haces, te prometo una foto a todo color en la portada del *Times*, ¿okay?

Sonrió la mujer.

—Lo siento de veras. Aquí hay que cumplir lo establecido a rajatabla. Tengo que anunciaros a su secretaria y ella...

—¡Golfá! —masculló, despótica, Ajita.

La otra levantó las cejas evidentemente desconcertada.

—¿Qué...? ¿Cómo se atreve a...?

—¡Golfá! —repitió, escupiéndole las letras, una a una, sobre el rostro, abalanzando medio cuerpo al otro lado del mostrador—. ¡Seguro que te encamas con Turner! ¡Pues toma, ramera de mierda!

Y su diestra embistió hacia delante, navaja en ristre, cortando de un tajo el cuello de la sorprendida, indefensa y aturdida telefonista.

Un chorro de sangre salpicó violentamente los mandos de la centralita.

Ajita, con deportiva violencia, ya había saltado al otro lado sacando a la sangrante muerta a puntapiés de su silla hasta

apelotonarla contra la pared de madera de recepción.

—¡Rápido, Franco! —estalló Morales, incorporado de nuevo a las sangrientas andanzas del triunvirato, pasando velozmente tras Ajita al otro lado del mostrador.

El fotógrafo, de su ancha bolsa de skai, donde teóricamente debía llevar rollos de película, filtros para el objetivo, carga para el *flash*, etc., etc., extrajo unos monos idénticos a los utilizados por los operarios de la compañía telefónica, que simultáneamente se fueron calando René, Rubén y él mismo. Luego ofreció unas falsas tarjetas de identidad, plastificadas, que los tres se prendieron con la pinza metálica inherente en el anverso de las solapas del mono.

—¡Hay que hacer venir a los de seguridad, Ajita!

La cruel hembra manejó con habilidad la centralita tras consultar en la lista fijada al panel el número del departamento de seguridad.

—¡Vengan a la central de teléfonos, por favor! ¡Deprisa! ¡Tengo un problema! Apenas transcurrido un minuto aparecieron cuatro hombres que vestían chaquetilla corta azul con emblema de la compañía de vigilancia a la que pertenecían, cinto-canana y funda con revólver, expresión alertada y dispuestos a extraer sus armas.

El que parecía llevar la voz cantante, inquirió:

—¿Qué sucede? —Y al instante—: ¡Eh, un momento...! ¡Tú no eres...!

—No, no soy. Ella está aquí... muerta. ¡Miren!

Y cubrió a puntapiés, con su habitual sadismo, el cadáver de la verdadera telefonista.

—¡Pero qué haces!

—¿Quién es esta tía? —inquirió a su jefe uno de los guardias.

—¡La alcahueta que le busca trabajo a tu madre, cerdo!

Alertados de que aquélla anomalía tenía un extraño significado, los cuatro, hicieron ademán de sacar sus revólveres.

Hicieron, decíamos, porque...

¡PLOC! ¡PLOC! ¡PLOC! ¡PLOC! ¡PLOC! ¡PLOC! ¡PLOC! ¡PLOC!

Ocho taponazos.

Ocho disparos con silenciador.

Dos por guardia.

Cuya autoría se arrogaban las armas de René y Franco, que acababan de acribillar por la espalda a los sorprendidos guardias. Se

doblaron como muñecos al acorde certero de los disparos que habían acabado instantáneamente con sus vidas.

Cayendo uno encima de otro en grotescas posturas. Como si se tratase de marionetas de un trágico teatro de muerte.

—¡Vamos ya, venga! —les instó René Morales. Añadiendo—: Tú te quedas aquí, Ajita. ¡Mata al que sea! ¡Al que intente acercarse a ti!

—*Okay* —cabeceó con cruenta sonrisa, acoplando las piezas de la metralleta de asalto que estaba extrayendo de la bolsa fotográfica de Franco Kano.

Los hombres echaron a correr por el pasillo hasta orientarse hacia el despacho del director, gracias a la flecha situada sobre un cartel en el que se leía: DIRECTION. Surgió, de improviso, un último obstáculo. Un vigilante uniformado como los cuatro que acababan de asesinar.

—¡Eh, alto! ¿Quiénes son ustedes? ¿Dónde van?

—¿No lo ve, amigo? —inquirió a su vez Rubén Kreuser, haciendo ostentación del mono y de la credencial sujeta a él—. De la telefónica. Nos han hecho venir con urgencia porque...

—A mí nadie me ha advertido de una avería en...

—¡Toma avería, estúpido! —exclamó Morales y acompañó su expresión de un balazo a bocajarro que se incrustó en el vientre del guardia, quien empezó a venirse abajo con expresión estúpida y asombrada en sus facciones.

—¡Aaaag! ¡Asesin...!

¡PLOC!

—No insultes, puerco —rugió Kano, rematándolo con un proyectil en la cabeza.

Rubén Kreuser señalaba una de las puertas que asomaban al pasillo:

—¡Es aquella! ¡Venga ya! ¡No perdamos más tiempo!

La puerta saltó descuajaringada por el violento patadón que le largó Morales.

—¡Eh...! —gritó el hombre que estaba sentado tras la mesa acariciando el trasero de la explosiva rubia que trataba apresuradamente de situar dentro del sostén lo que tenía fuera—. ¡Es que se han vuelto locos! ¿Quiénes son ustedes? —E iba a pulsar uno de los botones que había en un rectángulo encima de la

superficie de la mesa.

—¡Yo no lo haría, mafioso de mierda! —exclamó René Morales, mostrándole por delante el cañón de su pistola.

—¡Porque haremos esto! —Largó Franco Kano—. ¿Ves?

Y a la procaz rubia que se había hecho un lío recogiendo sus voluminosos senos le clavó un proyectil en la garganta.

¡PLOC!

—¿Ves?

Y le estrelló un segundo entre las cejas, arrancándola de los libidinosos brazos de Lawrence Turner, presidente del Comité Local del Sindicato del Transporte en Chicago, enviándola contra el ventanal de detrás a cuyas cortinas se aferró patéticamente la mujer hasta resbalar al suelo, muerta. Turner estaba lívido.

Tembloroso.

—¿Qué... qué quieren de mí?

—¿Has oído, René? —inquirió, malévolamente, Kreuser, moviendo su arma alrededor de la estancia—. Dice que qué queremos...

—Librar al mundo de una repugnante sanguijuela, Turner —respondió René Morales con acre sonrisa—. Los obreros están cansados de que un esclavo de la Organización maneje el sindicato y los explote en su propio beneficio y muy en particular en el de la mafia. ¡Los trabajadores quieren sindicatos honrados, hijo de perra! Y gente sana al frente de ellos. ¿Entiendes, mal nacido?

—¡Haré lo que queráis! ¡Lo juro!

Temblaba.

Como una hoja.

Estaba muerto de miedo.

—¿De veras? —inquirió Kano—. ¿Lo que queramos?

—¡SÍ, SÍ, DE VERDAD! ¡LO QUE QUERAIS!

Lawrence Turner chorreaba sudor hasta por el carnet de conducir.

—¡Pues muérete! —farfulló René.

¡PLOC! ¡PLOC! ¡PLOC!

Y le envió una triple andanada de plomo.

—¡Eso es precisamente lo que queremos! —rugió Rubén Kreuser, rematándolo con sangre fría.

¡PLOC!

Y acto seguido salieron velozmente del despacho. Ajita,

metralleta en ristre, se les unió cuando cruzaron por recepción, inquiriendo a la carrera:

—¿Lo habéis liquidado?

Franco Kano soltó una estridente risotada.

—¿Tú qué crees, pequeña?

—¡Sois unos magníficos... asesinos! —exclamó la cruel hembra.

—¡Adiós, santa Teresita! —se burló Rubén Kreuser.

Ya en la calle se colaron velozmente en el Oldsmobile azul oscuro, cuyo motor se había puesto a rugir en cuanto ellos habían aparecido y que salió lanzado apenas estuvieron los cuatro a bordo, manejado con extraordinaria pericia y tremenda temeridad por el Chófer de la criminal partida que respondía al nombre de Rafa González.

—¡Vuela, Rafa, vuela! —Le acució con sádica sonrisa Kano.

—¡Sigue estimulándolo y nos pegaremos los sesos en la primera pared! —protestó Ajita—. ¿Tan poco confías en mí, muñeca? —interrogó González—. Ayer me decías que soy el mejor...

—¡Pero estábamos en la cama, puerco!

Pronto el vehículo se confundió entre la riada de homónimos que a aquellas horas poblaban el asfalto heteróclito y cosmopolita de Chicago.

CAPÍTULO II

Ésta era la cabecera, aparatosa, espectacular, morbosamente atractiva, con letras de molde y a seis columnas por lo menos:

¡ALGUIEN VOLÓ SOBRE EL NIDO DE LA MAFIA!

En primera página, ¡por supuesto!

En huecograbado y con el consabido aparato periodístico para acaparar la atención general de la totalidad de los lectores. Incluso la de aquellos que habitualmente no se interesan por aquel tipo de noticias.

El despliegue efectuado tenía visos de movimiento envolvente, dicho en argot militar:

¡ALGUIEN SOBRE EL NIDO DE LA MAFIA!

El *New York Herald Tribune* se había apuntado aquella mañana un tanto definitivo sobre las demás publicaciones hermanas. En el *ranking* del día —y puede ser que en el de fechas venideras— iba a ser el periódico más vendido en el país.

Y no sólo por el titular, desde luego. Por el artículo en sí. Agudo, mordaz, hiriente y hasta cruel, diríase. Por el análisis, subjetivo por supuesto, pero exhaustivo al mismo tiempo, que de los hechos hacia el firmante del fenomenal «bombazo» periodístico: Belinda Foster; la reportera sensacionalista más polémica y en boga del momento a nivel estadounidense e internacional.

Éste era el texto que justificaba tan rimbombante titular:

«Es curioso observar la de cosas *curiosas* que ocurren en nuestra geografía e incluso allende de ella, pero con profunda raigambre americana, con vinculaciones a la más pura esencia secular del Tío

Tom, con inequívocas connotaciones MADE IN USA.

»La muerte de una serie de personajes, importantes en su mayoría, tanto a nivel local como internacional, incorporados en pleno derecho al concierto turbulento y truculento de ese ámbito delictivo a gran escala que conocemos con el nombre de Mafia, no pasaría a ser una mera “limpieza” o un supuesto y normal “ajuste de cuentas”, a no ser por el extraño marco de tensión que últimamente viene rodeando las actividades de la Sociedad de la Mano Negra, muy en especial dentro de territorio americano.

»Hace cuestión de unos meses, aproximadamente, se alzaba en el Senado la voz airada y casi justiciera, con matices, de nuestro héroe legendario “El llanero solitario”, encarnada en la persona del senador por Ohio Doug Gilmore, quien poco menos reclamaba una bala de plata para acabar con la existencia de cada uno de los jerifaltes mafiosos que, siempre según palabras del senador Gilmore... *han intensificado sus métodos de cohecho y corrupción a todos los niveles y a todas las esferas, convirtiéndose en un cáncer pernicioso que amenaza con arruinar totalmente la salud de nuestra sociedad. ¿Cómo vamos a encarnar frente a la opinión pública mundial el papel de padres de la democracia... cómo vamos a proponer el desarme, el desmantelamiento de bases de lanzamiento de misiles... cómo vamos a ser mediadores de paz en los numerosos focos conflictivos extendidos por toda la geografía del universo? SI NO SOMOS CAPACES DE ERRADICAR A UN ENEMIGO INTERNO. A UNA QUINTA COLUMNA LOCAL QUE AMENAZA CON DESTRUIR NUESTRA PROPIA INTEGRIDAD. NUESTRA VERDADERA RAZÓN DE SER... Y QUE AMENAZA INCLUSO CON VENDER NOS Y COMERCIAR CON POTENCIAS EXTRANJERAS AL USO DE LOS MODERNOS MOVIMIENTOS TERRORISTAS* valiéndose de los hombres importantes

que en gran número motiva y maneja, alguno de los cuales está aquí..., ¡AQUÍ! SENTADOS EN ESCAÑOS DE ESTE MISMO SENADO. Y yo os pregunto, colegas, amigos y compañeros, os pregunto a la mayoría, a los que tenéis los conceptos claros y las ideas sanas, a los que estáis aquí porque de verdad habéis venido a servir a vuestro país. ¿HASTA CUANDO VAMOS A SEGUIR PERMITIENDO ESTA PELIGROSA ESCALADA DE LA MAFIA?

»Éstas eran algunas de las frases vertidas por un teatral y espectacular Doug Gilmore, consciente de lo que quería y de adónde pretendía llegar. Éstas eran algunas de sus palabras... que al final lograron conmover la opinión senatorial accediéndose a la creación del Comité Gilmore, que tenía la misión específica de desarticular las conexiones de la Mafia con las esferas industriales, políticas y sociales, de reducirla a su única y original dimensión de movimiento secreto delictivo para entonces ir asestando los golpes definitivos que condujeran a su total exterminio.

»La iniciativa del senador Gilmore fue muy celebrada en algunos medios y círculos de la nación, quizá porque muchos habían soñado enriquecerse al amparo de los turbulentos pero productivos negocios controlados por la Mafia, pero que no habían sido admitidos en la organización, veían ahora la espléndida oportunidad de la venganza ayudando al exterminio de la Cosa Nostra (la Mafia MADE IN USA importada de Sicilia por los primeros italianos que arribaron a nuestras costas y que alcanzó sus cotas más álgidas —a excepción del momento actual— en las décadas del 20, 30 y parte del 40, bajo la batuta de los Luciano, Corello, Capone, Moran, Nitti, Anastasia y un largo etc.) y veían también la oportunidad de pasar por honrados patriotas, de tener, como había dicho Gilmore: *los conceptos claros y las ideas sanas*. Esto

trae a la memoria de esta modesta redactora la imagen de más de un político que en su día abrazó la bandera del fascismo por no haber sido admitido en las filas de la masonería. Pero eso es historia que nos aparta del verdadero hilo del presente reportaje. Decíamos que la iniciativa de Gilmore había sido muy celebrada y se esperaban resultados contundentes, efectivos y espectaculares a corto y medio plazo; se suponía que el senador iba a asestar duros y definitivos mazazos a la Mafia; suficientes para hacer tambalear los cimientos de la Organización.

»¡Y a fe que no se equivocaban los que así lo pensaron!

Los que seguramente conocen bien a Doug Gilmore, ¡claro!

»El senador Gilmore tenía muy bien estructurado su proyecto y contaba —como se puede comprobar a renglón seguido— con el total apoyo y las bendiciones de la Casa Blanca... Tenía, además de la Casa Blanca, *Carta Blanca*. Como lo prueba el hecho de que, apenas 48 horas después de aprobarse el Comité Gilmore, se creaba un departamento “ANTI-MAFIA”, por decirlo de una manera gráfica y lapidaria, pero que los sesudos e inteligentes políticos de la nación, los de *los conceptos duros y las ideas sanas*, bautizaron con el nombre de GEAM... Grupo Especial Aniquilación Mafia...

»Atado y muy bien atado, tenemos que insistir en ello, lo tenía todo Doug Gilmore cuando fue capaz de «parir» este departamento policial en tan sólo dos días. La sede central de este grupo de acción quedó instalada en Nueva York —con subdivisiones en Chicago, Nueva Orlenas, Texas, Los Ángeles, Miami, Seattle y en capitales de otros estados importantes o de aquellos estados en donde tenía mayor incidencia la actividad mafiosa— bajo la supervisión general y mando único de Austin Cross, policía por más serias, sargento de la Metropolitan Police para incluir su grado, el cual, se había “distinguido” en los últimos tiempos por su

“efectividad” personal y sus métodos represivos brutales al frente de una sección de la Brigada Antiatracos de la ciudad de los rascacielos... ¡Ah!, y que es, no podemos olvidarlo ni silenciarlo, *paisano, vecino e íntimo amigo* del senador Gilmore, que ambos cursaron estudios primarios en la misma escuela local y superiores en idéntica universidad, y que posiblemente juntos, allá en su Ohio natal, en Dayton para ser exactos, soñaron algún día con la posibilidad..., especularon en sus conversaciones de adolescentes, con llegar a un primer plano de la actualidad política de la nación empleando contra la Mafia los medios violentos, brutales y antidemocráticos que esta organización desempeña en sus actividades. La teoría del dúo Gilmore— *Cross* es, seguramente: “A la violencia por la violencia”, “Quien a hierro mata...”, “Ojo por ojo y diente por diente”, “Muerte a los asesinos”, “Quien mata impone la pena de muerte que debe serle aplicada”, etc., etc., etc.

»¿Qué podría decirnos hoy el sargento Austin *Cross*, flamante jefe supremo del GEAM, sobre el asesinato en Palermo de la cabecera mundial mafiosa Calogero Caretti...?, o del crimen brutal cometido a la persona del senador por Pennsylvania Kevin McClure, de quien no vamos a discutir sus posibles conexiones con la Organización y al que en muchas ocasiones Gilmore, puesto en pie, había señalado con su índice de fiscal acusador e intransigente calificándole como representante de la Mafia en el senado. Pero..., ¿también Grace Holden, cruelmente acuchillada y después groseramente violada, era mafiosa? ¿O lo era quizá Vicenzina Caretti..., o es que el hecho de ser hija de Calogero resultaba motivo válido para barrerla a tiros en una calle de Palermo? ¿De qué delito se acusaba a todas las personas asesinadas en el edificio del Comité Local del Sindicato del Transporte de Chicago cuando se acabó con la vida de su presidente, el supuesto mafioso Lawrence Turner? ¿Y qué

podríamos decir de esos infelices administrativos segados a ráfagas de metralla en nuestra ciudad, la mayoría de los cuales ignoraban sin lugar a dudas que servían los intereses de la Sociedad?

»Y me sigo preguntando yo: ¿Eran ésas las instrucciones que el senador Gilmore transmitió a su paisano, vecino y amigo el sargento Austin *Cross*? ¿Le encomendó resucitar la violencia y el asesinato al más puro estilo gangsteril para erradicar el cancerígeno auge de la Mafia? ¿Es así como nuestros políticos combaten el crimen organizado? ¿Es así como predicán los derechos humanos, la justicia y la paz?

»Y el sargento Austin *Cross*... ¿cuándo le van a colgar en el pecho la medalla al heroísmo en agradecimiento por los servicios prestados a la nación? ¿Cuándo se va a escribir un libro sobre *sus conceptos claros y sus ideas sanas*? ¿Cuándo van a idealizar el crimen en su persona cantándole apologías desde el Senado o la Casa Blanca...?».

Austin *Cross*, con las facciones crispadas y enrojecidas, tiró, en evidente arrebató de rabia mal dominada e ira mal reprimida, el ejemplar del periódico sobre la mesa del despacho del comisionado de la policía de Nueva York, Wallace Spielberg.

Y escupió más que dijo:

—¡Esta tía es una sádica demente! ¡Una maníaca obsesiva! No se puede consentir que contamine a la opinión pública con sus credos parciales y subversivos. No es a mí solo a quien, ataca e insulta, sobre quien vierte todo su repulsivo veneno periodístico... ¡es a toda la policía! ¡Pone en entredicho la honradez del cuerpo! Maldita... —Se tragó la obscenidad que se le caía de los labios y—: La voy a demandar judicialmente... ¡como hay Dios que lo voy a hacer!

Spielberg, hombre de gestos y ademanes pausados, de apariencia ponderada y reflexiva, que debía contar unos 58 años de edad, con rostro ancho y sanguíneo, apariencia atlética y fornida pese a sus años, si bien la grasa superflua ya se hacía notar en algunos puntos de su anatomía, alzó la palma de la diestra en ademán de

contención al tiempo que movía su cabeza de grisáceos aladares en sentido negativo.

—No es el momento, Austin. La opinión pública está sensiblemente dividida y cualquier juez puede sentirse mediatizado, aun sin quererlo, por la explosiva agresividad que nuestra ínclita amiga Foster ha deslizado en su artículo.

—Entonces... —*Cross* arrastró las sílabas como si del ondular de una serpiente se tratase—, ¿debo entender que cualquier hijo de perra que tenga una credencial de periodista en el bolsillo puede insultar, ofender, insinuar y afirmar o negar la honradez y moral de los demás, sin que ninguna ley se lo impida? ¿O debo en su defecto tomarme la justicia por la mano?

—¿Y darle la razón a Belinda Foster? —preguntó a su vez el comisionado—. No, Austin, no. Comprendo lo que siente. Posiblemente yo, a su edad, sentiría igual o peor. Pero no siempre podemos obedecer a nuestros impulsivos deseos de primitiva justicia. Usted, yo, y otros muchos, estamos sujetos, por desgracia, a la opinión pública... la opinión que los periodistas a veces, por desgracia también, manejan a su antojo. Digo antojo y no albedrío, porque el albedrío puede responder a un criterio objetivo, imparcial y honrado. Pero además, en nuestro caso concreto, dependemos también de Washington. Y en Washington han dicho...

—¡Al carajo con Washington! —exclamó, a punto de estallar, el sargento del recién creado GEAM—. ¿Qué mierda me importan a mí los de Washington?

Wallace Spielberg ensayó algo parecido a una sonrisa paternal, de disculpa para con los expeditivos modales de su interlocutor y subordinado. Le miró con largueza y en silencio.

Admitió para sus adentros que Austin *Cross* era de los profesionales que él, personalmente, admiraba y comprendía. De la clase de hombres que hacían falta en la institución policial: íntegro, leal, honrado y valiente. Le sobraba aquel aspecto externo de agresividad, de violencia inclusive, que era motivo por parte de muchos para establecer juicios severos y equívocos que redundaban en perjuicio del propio *Cross*. Si hubiese carecido de aquella temperamental vehemencia, de aquel impulso irrefrenable que le llevaban a obrar como él consideraba conveniente y a llamar las cosas por su nombre, o por el nombre que él creía que debían

llamarse... si hubiera carecido de aquellos defectos congénitos hubiese sido perfecto, el policía ideal. Pero habría sido también distinto y posiblemente no hubiera sido ideal.

Austin *Cross* era así y así había que aceptarlo. Con su carga de vitalidad y su inflexible criterio de la justicia. Con su vehemencia y su llamar pan al pan... Mientras pensaba en todas estas cosas, en las virtudes que para él lo eran de su subordinado. Spielberg no logró escapar al desasosiego íntimo que le producía la verdadera causa de aquella conversación, al genuino motivo de la presencia de *Cross* en su despacho, al daño moral que dentro de unos momentos iba a causarle cuando le transmitiera las órdenes recibidas desde aquel Washington al que Austin hacía patente su desprecio olímpico. Una verdadera pena, sí...

El sargento, que había enmudecido al observar la mirada primero de repulsa y después de tolerancia de su interlocutor, sobre sus opiniones acerca de los jerifaltes capitalinos, mostró un rictus de preocupación ante el silencio prolongado de Spielberg como si intuyera la desfavorable noticia que preñaba el ambiente bajo aquel largo marco de silencio impuesto por el comisionado. Eso hizo que *Cross* se estirase en uno de sus arrebatos vehementes:

—¡Suéltelo ya, comisionado! ¡Diga lo que sea... pero dígallo!

Wallace Spielberg, confuso y meditativo, se pasó ambas manos por sus plateadas sienes.

—Admitiendo como cierta, que no la admito —anunció con voz grave—, su participación en esa violenta ofensiva contra la Mafia... admitiéndola, decía, no podría aprobarla como comisionado de la Metropolitan Police de Nueva York. Pero como persona, *Cross*, como hombre que lleva años viendo y viviendo los crímenes que día a día van quedando impunes... aun a riesgo de ser crucificado por la señorita Foster, me levantaré ahora mismo para darle a usted el abrazo más sincero que jamás he dado a nadie porque...

—Porque su fuerte no es precisamente la diplomacia —le atajó, enérgico, el sargento— debería dejarse de circunloquios e ir al grano. ¿Qué trata de decirme, señor? ¿Cuál es la mala noticia que tanto le cuesta largarme?

Spielberg volvió a mirarle con largueza.

El atrevimiento y la osadía estaban presentes en todas y cada una de las facciones de aquel rostro vital y viril de rasgos

masculinos, agresivos como su figura de gimnasta ágil y elástico, en el que las mujeres debían encontrar innumerables atractivos y justificación plena para rendir su amor y encantos. Sus ojos verdes y profundos, de mirada inquisitiva, poseían una especial personalidad, un encanto difícil de definir, pese a su escrutadora fuerza. Como las cejas espesas que los enmarcaban y las rizadas pestañas negrísimas que junto con el moreno curtido de su tez se tornaban en contraste arrolladoramente varonil. Recta y de un solo trazo la nariz detenida frente a la carnosidad de unos labios un tanto gruesos, rojos, exponentes de sensual vitalidad. El resto de los cerca de ciento noventa centímetros era una exposición atlética, dura y granítica, de su textura sinuosa, felina, impregnada de la ductilidad del caucho.

Todo un tipo, sí. Todo un policía.

Un policía al que aguardaba una de las mayores desilusiones de su trayectoria profesional, una trayectoria jalonada hasta entonces por los éxitos, por las notas brillantes, que a sus veintiséis años le había llevado a alcanzar la graduación de sargento.

—Creo que tiene mucha razón —se decidió al fin, Spielberg—. No soy un Kissinger cualquiera, no. Se me nota demasiado... ¡vaya por Dios, ya vuelvo a las andadas! —Se detuvo otra vez para largar, en seco, acto seguido—: Tiene usted un mes de vacaciones pagadas. *Cross*. Cesa en su cargo y una vez terminadas esas vacaciones regresa a su puesto anterior en la Brigada Antiatracos. Ésa es la noticia. Lo siento de veras.

La nuez de *Cross* se evidenció ostensiblemente cuando él tragó saliva con notable dificultad.

Spielberg le vio apretar ambos puños con violencia, con crujiente ira, hasta hacer blanquear los nudillos. Y le oyó decir con un tono de voz metálico, quebrado, que no parecía ser el suyo:

—O sea, que los mal nacidos de la capital dan por sentado que soy el responsable directo de ese descalabro de la Mafia, ¿no? Admiten la posibilidad de que el departamento de policía haya repartido asesinos por nuestra geografía e incluso los haya exportado a Sicilia para desmembrar los puntos claves de la Organización. ¿Es ése el concepto que en Washington tienen de los que nos jugamos el pellejo por defender el orden, los puntos de nuestra Constitución y el bienestar, vida y propiedades de los

contribuyentes que nos pagan? ¿Es todo eso, comisionado?

El aludido se mordió el labio inferior.

—La suya, en este momento, es una óptica unilateral y parcialísima del problema...

—¡Es la indignación y el cabreo de una persona honrada! ¡El absurdo derecho al pataleo de un policía que no sólo aguanta los insultos y vejaciones de una periodista de mierda... sino también la velada censura de sus estúpidos superiores!

—¡Cross! ¡Le ordeno que se calme!

Austin se puso en pie como si un resorte lo hubiese proyectado hacia arriba en volandas de su indignación. Estrelló el puño derecho en la mesa del comisionado.

—¿Que usted me ordena que me calle?

OR-DE-NA...

¿Ha dicho ordena? ¡Pues ya no me va a *ordenar* más! ¿Lo ve? —Había sacado la cartera y arrancado de un compartimento de ella su placa de policía, estampándola violentamente contra la mesa como antes hiciera con su puño. Repitió la jugada tras extraer de la funda, sujeta a la cintura. Su revólver reglamentario. Exclamando en furioso *in crescendo* de su excitación—: ¡Al carajo todo, comisionado! ¡Mándeles eso a los de Washington junto con mi desprecio! Ya no soy sargento de policía, ¿lo entiende? ¡Le relevo de la desagradable misión de darme malas noticias y de la no menos desagradable de darme órdenes!

—¡Austin Cross! —El comisionado también se había puesto en pie con evidente nerviosismo y notoria agresividad, «defectos» ambos que lo identificaban con el sargento y hasta puede que lo solidarizaran, aunque en él aquel momento tuviese la obligación de hacer respetar el orden y la disciplina. Gritó, apoplético—: ¡Cross! ¡Le ordeno...!

—¡Ja, ja, ja, ja! —se rió forzadamente el otro. Matizando—: Vaya a ordenar a los masoquistas que siguen bajo sus órdenes. Yo no tengo pasta de cabrón ni admito bajarme los pantalones aunque tuviese delante al mismísimo presidente —se alejó hacia la puerta, abriéndola—. ¡Buenos días, señor comisionado! ¡Con su pan y su Washington se le coma! Y cerró de un estridente portazo.

CAPÍTULO III

Austin *Cross* permaneció inmóvil durante unos instantes, arriba, en lo alto de las escalinatas, mirando a la gente que transitaba veloz a pocos metros de él... pensando que todos le resultaban distintos pero simpáticos, afectuosos, cordiales.

¿De veras sería buena la humanidad?

«Será que ahora me siento mucho mejor», comentó para sí.

Y echó escaleras abajo hasta llegar a la acera. Su torso se dilató poderoso al abastecerse los pulmones del aire que había inspirado casi con avaricia.

«Este aire parece más fresco, más sano... ¿O será que al librarme de la porquería que me rodeaba todo me parece ahora bueno?».

Se encogió de hombros. No eran válidas las filosofías, no. Como máximo servían para conformar a los eternos conformistas. Pero no a él.

El problema subsistía, ¡vaya que sí! Y Austin no estaba dispuesto a comulgar con ruedas de molino. ¡Claro que hubiera deseado acabar con toda aquella gentuza mafiosa con sus propias manos! Pero no era aquél su camino, porque siempre había respetado las ordenanzas a rajatabla.

Se imponía un rápido viaje a Washington para charlar con Doug. ¡Pobre Gilmore!

¡Estaría hecho cisco también!

Así pensando y caminando casi se dio de narices con la chica.

—¡Hola, sargento! ¡Buenos días...! ¿O quizá malos?

Era maja aquella chavala. Y tenía desparpajo..., ¡sí lo tenía!

Y hasta una pinta de pasota que era *demasié*.

Pero se le podía perdonar mirando sus enormes ojazos negros, brillantes, clavados en su tez bronceada encima de aquella naricilla que era prodigio de elegancia y picardía por el sutil trazo respingón.

Y aquella boca *sexy*, roja como una fresa, con labios gordezuelos

que se curvaban en impecable arco, que parecían sangrar, que gritaban: «¡Besadme!».

¿Qué importaba viendo aquella carita preciosa su rictus de pasota?

Y su cuerpo violento de riscos pronunciados adelante, firmes, vibrantes, impactando con fuerza contra la tela arlequinada de la blusa en grana y blanco. Y el contorno de sus caderas rotundas, moldeadas, que ni la holgura del pantalón bombacho azul conseguía ocultar. Y las piernas que se adivinaban de escultura guardando el equilibrio encima de unos altos y agudos tacones.

Todo estaba bien y se le podía perdonar su supuesto pasotismo... a no ser porque se llamaba Belinda Foster.

—Malos, ¿eh? —masculló, fulminándola, pese a comprender que estaba para comérsela.

Sus nervios y su innata agresividad le traicionaron. Quizá por la cínica mirada que estaba leyendo en aquellas enormes pupilas negras.

La diestra de *Cross* trazó una extraña figura en el aire.

¡Zas!

La torta que allá por los 40 le sacudió Glenn Ford a Rita Flayworth en un celuloide llamado *Gilda* se quedó pequeña, muy empobrecida.

La mejilla de Belinda ardió al contacto con el revés de la mano del policía y un rosetón floreció al instante en su piel.

Ella trastabilló, estando en un tris de rodar por los suelos.

Algunos transeúntes volvieron la cabeza recriminando la acción del hombre, pero siguieron caminando sin detenerse. Otros no hicieron puñetero caso.

«Cuando él la pega...».

Ya habían pasado los tiempos en que impresionaba e incluso encorajinaba ver a un macho sacudiéndole en la cara a una bella e indefensa señorita. «Si ella se deja, sabrá por qué...». La gente estaba acostumbrada a todo.

«No, si hay gente que necesitan marcha...».

Belinda, sin alterarse demasiado, tras asimilar la violenta reacción del sargento, dirigió sus ojazos negros en una dirección determinada. *Cross*, por instinto, siguió el camino de las pupilas de ella... y se tropezó en la otra acera con un eficiente y oportuno

fotógrafo quien, muy profesional él, había captado en una preciosa instantánea la fogosa explosión del policía.

—Te crees muy lista, ¿verdad? Me pones a parir a toda plana, vienes a provocarme y te traes a ese alcahuete para que hayan pruebas gráficas de mi brutal agresividad. ¿Qué titular piensas poner mañana en primera página, pequeña víbora?

—¿Te has desahogado ya, sargento?

—Para eso, mona, tendría que haberte estrangulado. Mi diversión favorita es asesinar mafiosos y periodistas, ¿no lo sabías?

—Entiendo que estés muy quemado, Austin —dijo la muchacha. Añadiendo—. Perdóname un segundo —y acto seguido hizo señas al repórter gráfico que seguía en la otra acera, muy prudente y conservador él, indicándole que se acercase. Lo hizo, a regañadientes, procurando que su mirada no se cruzase con la de Austin. Belinda preguntó a su compañero—. ¿Cuántas fotos más llevas en el carrito?

—Es la primera, pero...

—Sácalo, Tim.

Tim puso cara de idiota para lo cual no tropezó con excesivas dificultades. Abriendo a la par unos ojos como naranjas que amenazaron con salir de las órbitas y caérsele por el suelo.

—Prenda..., tú has «fumado» esta mañana, ¿verdad?

—¡Que lo saques! —estalló la mujer, autoritaria.

—Perdónala, Señor, no sabe lo que «fuma» —murmuró, abriendo la parte posterior de la máquina, extrayendo el carrito y velándolo al instante con el contacto del sol. Inquirió—: ¿Quieres que ahora me ponga en cueros para darle marcha al personal? ¡Oh, no, la policía me detendría! El *streaking* está penado, ¿verdad, sargento Cross?

Austin hizo ademán de estirar una de sus manazas y atraparlo por el gaznate pero la periodista se interpuso.

—Déjalo, Austin. Es así de gracioso. Tú... —Miraba a Tim—, piérdete, ¿eh?

—Okay, linda ¡Qué te sea leve!

—¿Puedo saber a qué viene todo este numerito, Belinda?

—Quiero hablar contigo, Austin.

Se llevó, él, ambas manos a la cabeza.

—¡Por Dios, muchacha! No tientes más tu buena estrella.

¿Quieres que de veras acabe estrangulándote?

Belinda cogió a *Cross* por una de las muñecas.

—Tenemos que cambiar impresiones, sargento —y de súbito, su voz se tornó cariñosa, cálida, tenue y suplicante—. Te lo ruego, Austin.

La miró, en silencio, mientras empezaban a caminar muy juntos, tropezando cuerpo con cuerpo a cada paso.

Como mujer era de lo mejorcito que *Cross* había visto; como periodista, la más venenosa que conocía.

—¿Tú... y yo? ¡Belinda, no seas sádica! O es que te guardas otro fotógrafo en la manga para cuando mi excitación sea mayor que la de antes.

—¿Por qué eres tan retorcido, sargento? O... ¿por qué tratas de parecerlo? ¿Te gusta ir por la vida con máscara de hombre duro e inflexible?

—Voy... iba de policía justo y honrado. Hace unos minutos he dejado de ser policía, en parte gracias a ti, pero sigo yendo de justo y honrado. Belinda, ¿de veras es necesario que tú y yo hablemos?

—Creo que sí. Austin. ¿Por qué has renunciado?

—¿En qué página del *Herald Tribune* lo vas a publicar mañana?

—¿Mañana? ¡Aguanta, hombre! Llamo a la redacción y le digo al jefe que monte una edición especial para dar la primacía de tu renuncia. ¡Por favor, *Cross*, por favor! Las cosas no son tan negras y negativas como tú te empeñas en verlas.

Austin ensayó un rictus burlón. De agria ironía.

—¡Oh, no, claro! La culpa es mía que soy un auténtico cenizo. ¿Cómo definirías tu articulado de hoy, pequeña?

Belinda inclinó la cabeza mordién dose el labio inferior.

—Admito que me he pasado, Austin. Que he sido injusta contigo...

—¡Pues me has jodido bien!, ¿sabes?

La chica no pudo contener una espontánea carcajada.

—¿De veras? ¡Es algo que me ilusionaba tanto! Porque como hombre estás de un «bueno» que marea, ¿sabes? ¿A que nunca te había dicho esto ninguna chavala?

—No, no...

—¡Si las hay de reprimidas! —exclamó Belinda con una amplia y tentadora sonrisa en sus excitantes labios rojos.

Austin acabó por sonreír, también, tenuemente.

—Si pudiera olvidarme de que te llamas Belinda Foster y de que eres periodista, sería otra cosa —masculló entre dientes.

—¡Olvidalo, hombre, olvidalo! Eso es fácil. Mira, te invito a desayunar, ¿hace? Austin se rindió Y encogiéndose de hombros, dijo:

—Hace.

La periodista dio una vuelta completa sobre sí, haciendo ostensible lo abrupto y bien trazado de su carnal orografía, como si buscara algo que su vista acababa de perder.

—Estamos en...

—... Park Avenue a la altura de la West 116 Street —completó Austin.

—¡Ah, sí! Por aquí cerca, si mal no recuerdo...

—... justo en la esquina de la Park con la 125 está Polynesian.

—¡Sí! —exclamó ella—. ¿Cómo sabes que yo...?

—Cuando dejo de matar mafiosos me entretengo leyendo el pensamiento de las periodistas sardónicas y...

—¿Vamos a empezar otra vez, Austin?

—¿Has dicho que me invitabas en el Polynesian?

—Eso he dicho.

Y apretaron el paso hasta llegar al populoso restaurante. Tuvieron suerte al encontrar vacío uno de aquellos compartimientos que daban mayor intimidad a las conversaciones de las parejas. Lo ocuparon precedidos por una linda camarera de negro vestido corto que la permitía lucir sus graciosas piernas por encima de la rodilla.

Ella tomó nota en un bloc del desayuno que Belinda y Austin iban a degustar.

—No es que tenga demasiado apetito —murmuró él cuando hubo marchado la camarera.

La chica se acodó sobre la mesa para dejar caer la barbilla encima del cuenco que formaban las palmas de ambas manos. Ignoró el comentario del policía, inquirendo:

—¿Por qué has renunciado?

La miró con extrema rectitud al fondo de sus ojazos negros y penetrantes, persuasivos también, ¿por qué no? Aunque le fastidiase reconocerlo, sus exquisitos encantos como fémina privaban ahora en la mente de *Cross* por encima de su mala leche como periodista.

Todo esto, eran cábalas y conjeturas del sargento mientras la seguía mirando, casi cautivo, al interior de las rutilantes pupilas.

—En el fondo... ¡creo que me das miedo!

—Austin, Austin..., te he hecho una pregunta.

—¿Dónde llevas escondida la grabadora?

—Si te apetece, me desnudo.

—Aquí, no, muñeca...

—¿Me estás proponiendo algo, policía?

Estuvo a punto de formalizar la proposición. Repuso sin embargo:

—He renunciado porque tu artículo ha sido la espoleta que ha hecho estallar el buen criterio... Apunta *buen criterio entre comillas*, de los hombres de Washington que según tú tienen *los conceptos claros y las ideas sanas*.

—¡No, perdona! —exclamó ella alzando la diestra. Corrigiendo —: Querrás decir según tu amigo y paisano el senador Gilmore.

Se encogió nuevamente de hombros.

—¿Qué más da?

—¡Ya lo creo que da! —volvió a quejarse ella.

—Un mes de vacaciones pagadas, cesado como jefe del GEAM Y a la vuelta, de nuevo a la Brigada Antiatracos —dijo en voz baja como si de un rezo se tratase.

El rostro bronceado de Belinda acusó una expresión de sorpresa. Y la manifestó así:

—Tus superiores admiten la posibilidad de que hayas tenido que ver en esa massacre contra la Mafia, ¿verdad?

—¿No la admites tú también, periodista?

—NO.

Ahora fue Austin *Cross* quien desorbitó las verdosas pupilas. Se adelantó ligeramente para atrapar una de las tersas manos de Belinda presionándola con fuerza, casi con violencia.

Largó, silabeante:

—¡No te consiento que me tomes el pelo, nena! ¿Lo oyes bien?

—¡Por favor. Austin! Me haces daño. Suéltame la mano... — Clavó en los del hombre sus persuasivos ojazos negros—, por favor.

Lo hizo.

—¿Quieres clarificar tu postura, Belinda?

—¿Entiendes ahora, Austin, por qué teníamos que hablar?

—No. No entiendo las medias tintas ni los jeroglíficos. ¿A qué juegas, Belinda?

—Si tú estás de acuerdo —repuso la hermosa mujer, de nuevo desconcertante—, a terminar con los canallas asesinos que nos manejan, nos toman el pelo, hacen de nosotros lo que quieren y nos llevan al huerto cotidianamente. No importa que se llamen Mafia o que se llamen mierda. Eso último es lo que son todos.

—¡Por Dios vivo —se desesperó *Cross*— que sigo sin entenderte! Dices que no admites la posibilidad de que yo haya intervenido en esa *razzia* y me cuelgas la etiqueta de criminal a toda plana y en seis columnas...

—¡Tenía que hacerlo, Austin! ¿Es que no lo comprendes?

—Comprendo que tenías que cumplir el *rol* que la sociedad te ha asignado como periodista y el chivo expiatorio más a mano que tenías era yo.

Vino la camarera con el desayuno, retirándose al instante.

—¡No! A mí, sargento, nadie me obliga a escribir lo que yo no quiera. Formaba parte del plan...

Le dio un bocado a la hamburguesa y por poco se le atraganta.

—¿Plan? ¿Y era necesario...? ¿Desde cuándo te había otorgado yo mi aquiescencia?

—En principio, Austin, no hubieras dicho amén. Y cómo lo sabía... escribí eso. Estaba segura de que serviría para que te desengañases de aquéllos a quienes sirves y te mandan. Se aparta a la gente de un plumazo y fuera. Os han utilizado a Gilmore y a ti, ¿es que no te enteras, sargento?

Otro mordisco a la hamburguesa, y:

—¿Quién?

—Si lo supiera, guapo, tendría en mis manos el artículo del siglo. Gilmore arenga al senado y propone su guerra legal contra la Mafia, le dicen que sí y te encargan a ti ponerla en marcha. Hasta aquí, *okay*. Luego aparece la eminencia gris a la que verdaderamente le interesa, PARA SU PROPIO BENEFICIO, *limpiar* la Mafia de aquellos que le estorban, que interfieren sus planes, y desencadena la ofensiva...

Austin *Cross* soltó el *sándwich* para aplaudir burlonamente. Algunos de los clientes repararon en su gesto haciendo jocosos comentarios por lo bajo. Pero él, a lo suyo como estaba, ni reparó

en ello. De hacerlo, posiblemente hubiese habido altercado. Exclamaba en aquel preciso instante:

—¡Bravo, bravo, muy bien! ¡Alguien voló sobre el nido de la Mafia! ¿Y qué más, linda?

—¿Te burlas. Austin? —inquirió, con el bocadillo entre sus menudos y nacarinos dientes.

—No —negó, serio ahora—. Pero me sorprende tu imaginación, me excita... ¿Por qué no te has dedicado a la novela?

—Hoy he escrito un primer capítulo en la portada del *New York Herald Tribune*, ¿o no?

—Más bien sí. ¿Y qué hemos ganado, señorita?

—El que tengas las manos libres para trabajar a tu aire... *el que puedas descubrir y desenmascarar al que ha movido los hilos de todo este tinglado*. Tu enemigo y el de Gilmore, el enemigo de América y de los verdaderos americanos.

—No te hacía tan patriota, ¿sabes?

—Modesta que es una. No me gusta andar presumiendo por ahí. Con esa supuesta limpieza, Austin, la Mafia ha cerrado filas en torno a un nuevo y poderoso «don». Y en adelante tomarán posiciones definitivas; social, económica y políticamente. Todo controlado. Se lo habéis puesto en bandeja... muy en especial tu amigo, el bocazas de Gilmore. No se puede andar por la vida gritando que los malos son malos como él lo hizo en el Senado.

Austin *Cross* hacía un par de minutos que se había olvidado por completo del *sándwich*. Otra vez miraba a Belinda profundamente, con ojos escrutadores en los que bailaba, más que la curiosidad o el estricto sentido inquisitivo, una brillante llamita de admiración. Austin se daba cuenta, quizá por primera vez, que en una mujer podía haber algo más que belleza sexual y excitante... que picardía y sutileza; podía haber, también, inteligencia.

Belinda Foster, ¡sorpresa!, lo reunía todo: belleza, sexualidad e inteligencia.

Y lo que posiblemente tenía más cautivo a *Cross* en aquel instante era el hecho de que la hermosa periodista de negros ojazos acababa de hacer una exposición compleja pero a la vez concreta, rápida pero tremendamente coherente, de lo que ya él había empezado a pensar en el despacho del comisionado Wallace Spielberg... pero que no había sido capaz de definirse a sí mismo.

En el momento de retornar su placa y su pistola *Cross*, desde luego, había pensado en aquello. Pero de manera confusa. Quizá los nervios del momento le habían impedido clarificar su postura, sí.

—Pensaba ir a verle —dijo al fin—. Un viaje de ida y vuelta a Washington.

—Es buena idea que ambos tengáis un cambio de impresiones, desde luego —razonó Belinda—. ¿Te importa que vaya contigo?

—No. Creo que no. Si no temes que durante el viaje concrete mi proposición, claro. —Lo deseo, Austin...— e inclinó la cabeza al instante para que él no viera que se le habían puesto las mejillas tan rojas como antes cuando Austin le diera la bofetada. —Lo que hace el conocer a las personas— divagó el sargento, dándole tiempo a que se recuperara.

—¿Y luego? —preguntó ella, sin mirarle todavía.

—¿No eres tú quién escribe la novela?

—Yo no soy policía. Austin.

—Pero sí puedes confeccionar una lista de los posibles mafiosos, gente de arriba, claro, que han salido indemnes de la limpieza, ¿verdad?

—Verdad. ¿Piensas que entre ellos pueda estar ese futurible «don» al que me he referido?

—Estoy seguro. Como seguro estoy que el camino hasta él estará sembrado de escollos... MORTALES con mayúsculas, nena. Esto no es un juego, Belinda. Quien se ha atrevido a desplazar sus asesinos a Palermo para acabar con Calogero Caretti, no es un cualquiera. Sabe lo que hace y por qué lo hace. Son tipos que ordenan las muertes sin la menor impresión, como algo natural y necesario. ¿Tú crees que se va a preocupar mucho por aplastarnos a nosotros?

—¿Tratas de impresionarme, Austin?

—Trato de que veas la realidad en su justa dimensión.

—Tengo espíritu de aventurera. Si hubiese nacido hombre seguro que habría sido mercenario o algo por el estilo.

—Lo hubieras tenido claro hoy en día. Centro y Sudamérica ofrecen un tentador mercado —acabó con el bocado en dos mordiscos y dijo a modo de sentencia—: Contamos a nuestro favor con el factor sorpresa, dicho en términos mercenarios. Belinda arqueó sus bien cuidadas cejas.

—¿Por...?

—Porque lo último que nadie puede imaginar es que Belinda Foster y Austin *Cross* vayan en el mismo avión.

—¿Avión?

—¡Oye, rica! ¿Es que no te enteras? Se dice barco, de acuerdo. Pero como nosotros también queremos volar sobre el nido de la Mafia...

—Nueva Mafia... —puntualizó la bonita periodista.

—... Tendremos que ir en avión, ¿no? En serio. Nadie puede imaginar que tú y yo hagamos causa común en esto. Y no creas... hasta a mí me parece raro. Debo estar volviéndome loco. ¡Mira que asociarme contigo en semejante aventura!

—En el fondo te va la marcha, Austin.

—Quizá... *tu marcha*, prenda. Que es muy distinto.

—¿Cuándo volamos hacia Washington, sargento?

—A las doce del mediodía hay un vuelo de TWA a la capital.

—*Okay* —asintió ella—. Tenemos tiempo de pasar por mi apartamento para recoger recambios de interiores.

—¿Estaré presente cuando te «recambies»?

—A poco que insistas...

Se levantaron al unísono. Austin hizo ademán de extraer su cartera del bolsillo interior de su deportiva cazadora de ante, pero Belinda le detuvo con autoridad.

—¡Quieto, muchacho! ¿Olvidas que he invitado yo?

Los derechos de la mujer, máxime si se trataba de una mujer como Belinda, debían ser respetados.

—*Okay*, bonita.

CAPÍTULO IV

Aquel vasto catenárico, ahora prácticamente en desguace, víctima de la humedad corrosiva que lo había ido minando y reduciendo a cuatro metálicas paredes llenas de agujeros, fuera en sus tiempos un garaje y taller de mecánica.

Aún quedaban vestigios de latas de gasolina, aceite, correas de dinamo, bidones grasientos, alguna que otra herramienta, etc.

Aquellas cuatro paredes que amenazaban con venirse abajo el día menos pensado se erguían —es un decir— en un descampado, en los alrededores de un cementerio de automóviles, en las afueras del Bronx, al norte del barrio de Hollis.

—¡Da gusto trabajar con gente como vosotros! —exclamó el hombre.

Y las palabras, en agudo metálico eco, retumbaron, hasta romperse en fragmentos contra las desvencijadas y metálicas paredes.

Frente a él, recostados con indolencia contra el ruinoso mamparo de la izquierda según el agujero de entrada al lugar, se encontraban cinco personas.

¿Personas?

Era un eufemismo denominar así a René Morales, Rubén Kreuser, Franco Kano, Rafa González y la pérfida amante de la navaja Ajita Donovan.

Fue Morales precisamente quien contestó a los halagos de su interlocutor. Así:

—Usted no se merece menos, señor. Hemos procurado cumplir sus instrucciones al pie de la letra... y lo hemos conseguido. Sin fallos, como usted quería. Nadie puede conectarnos en todas esas muertes porque no ha quedado ni un solo testigo con vida que pueda inculparnos... ni tampoco nadie podrá conectarnos con usted.

—¡Sé de vuestra efectividad y de vuestra discreción, Morales! La persona que me recomendó vuestros servicios se deshizo en elogios hacia vosotros. ¡Podéis sentirlos orgullosos! Bueno, en realidad sois unos extraordinarios profesionales. Particularmente estoy más que satisfecho de la labor que habéis desarrollado. ¡Ah, Morales! ¿Qué hay de aquello que os mandé recoger del apartamento del senador Kevin McClure?

René ensayó el clásico gesto de quien ha visto escapar su santo al cielo.

—¡Vaya! —exclamó, pidiendo perdón de forma expresiva—. ¡Sí que lo siento, señor Newman! De no habérmelo recordado usted... —Metió la diestra en el bolsillo inferior de la chaqueta y extrajo un sobre de tamaño cuarto, marrón, que tras avanzar unos pasos tendió al otro—. Aquí está, señor Newman.

—Gracias, Morales, gracias —le sonrió, recogiendo el sobre.

Sidney Newman, presidente del Consejo de Administración del East New York Bank Co., era hombre de exquisitos y pausados ademanes, de modales rayanos en la perfección, como casi perfecto era su atuendo impecable a la más exquisita usanza de los genuinos *gentleman's*

británicos. Newman tenía complejo de Beau Brummel 1982 y procuraba exacerbar su elegancia en cada uno de los momentos del día eligiendo siempre la indumentaria más acorde con la circunstancia. Era un tipo mimético, exigente consigo mismo, y narcisista a la vez, que gustaba de contemplarse y alabar sus virtudes plásticas. Ahora vestía un traje color crema, camisa blanca con puños y cuello azul, corbata clara y aguja con cabeza de rubí cruzándola, zapatos *beige*, un gabán fresco del mismo color que el terno pero de tonalidad algo más acentuada y finos guantes de fieltro. Sus facciones eran joviales y agradables, pulcramente rasuradas, coronando una figura ágil y atlética producto de muchas horas de gimnasio.

Comprobó el contenido del sobre marronáceo con un aquiescente movimiento de cabeza, al tiempo que murmuraba:

—Perfecto, Morales, perfecto. ¡Qué maravilla! Ni un fallo. ¡Ah...! ¡Con lo lejos que hoy estamos los humanos de la perfección! Ya lo dijo Napoleón, sí: *Si la perfección no fuese quimérica, no tendría tanto éxito* —se mordió, acto seguido, en actitud

meditativa, el labio inferior. Preguntándose y preguntando—: ¿Fue o no Napoleón quien dijo eso? ¿Fue Napoleón, Morales?

René, consciente de la pedantería del otro y entendiendo el «vacilón» que se quería tirar con él, pero en la inteligencia también de que era el patrón, el que pagaba, el que mandaba y al que había que tolerarle todo tipo de pijaditas... René, decíamos, forzó una sonrisa chaquetera y dijo:

—No estoy en condiciones de afirmarlo, señor Newman.

El banquero, pellizcándose la barbilla, se puso muy serio al exclamar:

—¡Sí! Decididamente fue Napoleón. ¡Ah!, y hablando de Napoleón..., ¿has cumplido las últimas instrucciones, René?

—Poco antes de venir hacia aquí me he puesto en contacto con el más efectivo y sigiloso de mis hombres, señor Newman, Chevy Guevara se encargará de ese policía..., de Austin Cross. Hemos quedado en que hará el trabajo en Washington. Chevy le había seguido esta mañana hasta una cafetería en la que ha desayunado con una chica que, por lo visto, irá con el polizonte a la capital.

Sidney Newman salió del pozo ficticio de sus buenas maneras.

—¡Mierda! ¿Una chica has dicho?

René Morales volvió a sonreír, servil, reverente.

—¡Tranquilo, señor Newman, tranquilo! No hay por qué preocuparse. Chevy sabe lo que tiene que hacer, la chica también sufrirá el accidente...

—¡Ah! —exclamó Newman, volviendo a su teatral escenografía—. ¡Qué peso me quitas de encima, René! ¡Qué peso! Bien, bien, bien... —Los miró con una afectuosa sonrisa—, creo que ha llegado la hora de hablar de vuestros honorarios, ¿no?

—Si usted lo considera oportuno —dijo René.

—¡Naturalmente que sí! El que trabaja tiene que cobrar... y vosotros habéis trabajado. ¡Y de qué manera!, ¿eh?

—Estamos satisfechos de haberle servido en la medida de sus deseos, señor Newman —intervino una vez más el portavoz de aquel cuarteto de asesinos.

—Habíamos quedado en veinticinco de los grandes para cada uno, ¿no es así, René?

—En efecto, señor Newman.

—Bien, bien... —Metió la mano en uno de los bolsillos del

gabán y extrajo seis talones blancos, idénticos, tamaño banca, que agitó frente a los ojos de los criminales, diciéndole a René—: Aquí está la parte de Chevy Guevara para que se la entregues a su regreso de Washington. ¡Ah...!, aunque habíamos concretado 25 000

por barba... ¡y no lo digo por la señorita tan bella que nos acompaña!, estoy tan satisfecho de vuestra actuación... que he metido treinta de los grandes en cada uno. ¿Contentos?

Todos movieron las cabezas, afirmativos, ofreciendo al señor Newman la mejor y más amplia de sus sonrisas.

Sidney avanzó hacia ellos con andares sofisticados y mirada grandilocuente. Se detuvo frente a Morales y le entregó los sobres.

—El tuyo y el de Chevy, ¿eh? —dijo un paso a la izquierda tendiendo otro sobre al que hiciera de fotógrafo—. El tuyo, Kano. Señorita... —Miró a la cruel asesina de carnes excitantes, de pechos túrgidos buena parte de los cuales cabalgaban tentadores, pèrfidos como ella, por encima del escote—, ha sido una pena que no haya tenido tiempo de... conocerla mejor, ¿sabe?

Ajita Donovan se fue hacia adelante para que su cálido aliento se estrellara en el afeitado rostro del banquero. Le dijo, runruneante como gata en celo:

—Estoy segura... —Bajó la voz— de que me volvería loca haciendo el amor con usted.

—Bueno... —Newman se esturrufó como un pavo real— me defiando, pero tampoco es tanto como algunas dicen. Esperemos que haya una ocasión para que usted y yo... ¿eh?

Siguió repartiendo sobres y cuando hubo entregado el último a Rafa González, dijo:

—Por favor, cuenten el dinero.

—¡No es necesario, señor Newman! —exclamó René Morales.

—Pero yo insisto. Morales. Cuéntenlo...

Estaban locos por hacerlo a juzgar por la precipitación con que abrieron los sobres y se enfrascaron en la cuenta de los nuevos y crujientes billetes.

Los cinco pares de ojos estaban fijos, hipnóticos, prendidos en aquellas estampas por cuya posesión, gente como ellos, mataban sin el menor escrúpulo.

Aquel color, aquel olor, aquel crujir... parecía hipnotizarlos.

Hasta tal punto, que no le prestaron la menor atención al señor Newman.

Por eso el señor Newman, con movimientos tranquilos, sigilosos y pausados, con aquella sonrisa que parecía esculpida en sus labios a golpe de cincel, abrió totalmente el gabán y sacó del forro, tras abrir una larga cremallera, la frágil metralleta que empuñaba, firme y cruelmente ahora, con criminal decisión.

—¿Está todo en orden, amigos?

Alzaron la cabeza.

Fue Ajita la primera en reaccionar:

—¡Eh...! ¿Pero qué diablos...?

¡RA-TA-TA-TA-TA!

¡RA-TA-TA-TA-TA!

—¡Maldit...! —No llegó a completar Rubén Morales.

¡RA-TA-TA-TA-TA!

Sidney Newman le daba con fruición al gatillo, con expresión feroz y al mismo tiempo satisfecha, abanicando con el cañón mortífero el radio que ocupaban los criminales.

Les vio brincar como latas, retorcerse en el aire como conejos alcanzados en plena cacería, contorsionarse trágicamente componiendo grotescos arabescos, soltar sangre a borbotones, venirse abajo como muñecos de trapo a los que hubieran cortado el hilo que animaba sus vidas falsas.

—¡Danzad, estúpidos, danzad! —gritaba contagiado del siniestro tableteo—. ¡Danzad!

Una última y prolongada ráfaga dejó inmóviles a quienes habían asesinado por treinta mil dólares por barba.

Newman, dejando a un lado sus maneras exquisitas, fue hacia ellos, inclinándose sobre aquellos manojos de carne acribillada, sangrante, para despojarlos de los sobres.

—¡No os hacen falta, basura! En el infierno no hay cantina... ¡y vosotros vais directos a quemar! ¡Ahora lo veréis!

Una vez recuperado el dinero, Sidney, rápidamente, se dirigió hacia uno de los bidones, vacío en apariencia, derramando su contenido, gasolina, por el suelo del desvencijado catenárico.

Había abocado el bidón aprovechando el desnivel del suelo de manera que un pequeño canalillo del líquido corrió, raudo, hacia el agujero que servía de entrada.

—Desde luego que nadie os va a conectar conmigo —sonrió sardónico—. ¡Qué razón tenías al decirlo. René Morales!

Prendió una cerilla y...

Cuando el coche del presidente del Consejo de Administración del East New York Bank Co., se había alejado una media milla, una llamarada horrisona, espectacular, roja y chisporreante, se disparó hacia lo alto envolviéndolo todo..., todo lo que se encontraba en el interior de aquellas cuatro paredes que ya no amenazarían más con venirse abajo el día menos pensado.

De aquellas latas enmohecidas, corroídas, que ya se habían venido abajo.

CAPÍTULO V

—¡Nos han hundido, Austin! —se lamentó, plañideramente, el hombre—. ¡Nos han hecho polvo! ¡Vaya jugada maestra! —Ahora pareció cabrearse y alzó la voz, exclamando—. ¡Partida de hijos de zorra!

Paseaba entre el rectángulo abierto desde su mesa escritorio de nogal, pesada, recargada, y las cortinas de terciopelo granate que ocultaban el amplio ventanal que daba acceso al jardín que rodeaba la residencia en Washington del senador Doug Gilmore.

Austin *Cross*, silencioso, dejando que se explayara, permanecía sentado al otro lado de la mesa, inclinada la cabeza y descansando ambas manos sobre sus muslos.

Gilmore volvió a la carga:

—¡Nos las han dado en el mismo carrillo! Esto es mi ruina. Austin. Había pensado en retirarme de la política, pero los de mi partido me han presionado para que siga. Dicen que ahora no es el momento de plegar velas.

—Creo que tienen razón, Doug...

Lo miró con sorpresa y desconcierto.

—¿Tú crees?

—Eso acabo de decir, ¿no? Si abandonas en este momento...

—¡Pero tú bien que le has tirado la placa en las narices al comisionado Spielberg!, ¿no?

—Mi postura en el caso es distinta, ¿no te parece? —dijo y preguntó el expolicía—. Estoy pasando por gángster y asesino ante la opinión pública. Seguir, era como aceptar el veredicto. Aquello de quien calla otorga.

—¡Eso hay que agradecerse a esa ramera del *Herald Tribune*! Maldita...

—¿Por qué no procuras calmarte. Doug?

El senador Gilmore miró a su paisano *Cross* como si no le

conociera. Gilmore debía contar unos 37, año arriba, año abajo, era de mediana estatura, rechoncho, con prominente abdomen teniendo en cuenta su edad, con evidentes «michelines» en la cintura, lo que hablaba de un nulo ejercicio en su vida política donde se imponían las interminables horas de asiento con discusiones y debates, cara ancha y doble papada bajo el cuello, anchas entradas en su cabello pajizo... en general y físicamente muy desfasado para sus años. La antítesis de *Cross*, al que siguió mirando con genuino asombro.

—¿Que me calme... dices? ¡Por Dios, Austin! ¿Es que te han dado algún bebedizo?

Estuvo a punto de soltar una carcajada. Lo que no soltó fue el hecho que tenía pensado exponerle en un principio acerca de la verdadera posición de Belinda Foster en todo aquel asunto y su colaboración futura con él para ayudarle a esclarecer el enigma que rodeaba la violencia desarrollada por alguien contra la Mafia. ¡Cualquiera le hablaba de Belinda!

—Un bebedizo de sentido común. Doug.

—Tiempo atrás no te expresabas así.

—Tienes razón, Doug. Pero algún día hay que cambiar, ¿no te parece?

—¡Vaya! ¡Es para morirse! Nos acaban de defenestrar... ¿Será que me estoy volviendo loco?

—Eso es, compañero, lo que más de uno desearía ahora. Por eso trato de sobreponerme.

—Pero es que con todo lo que digas, Austin..., ¡a mí me han dado más fuerte! ¡Voy a ser el hazmerreír del Senado! ¿Lo sabías?

—Nadie puede responsabilizarte de nada. Lo tuyo no es la violencia, si acaso, lo mío.

—¿Y qué importa? Ellos entienden que yo he dictado sentencias y tú las has ejecutado.

Estoy tan fuera del proyecto como tú, Austin. Y punto.

—¿Insinúas que se han cargado al GEAM? ¿El Comité Gilmore?

—Más o menos, más o menos... —Agitó los brazos el senador, yendo por fin a sentarse tras la mesa. Matizando a renglón seguido —: La Casa Blanca, según me ha contado personalmente el subsecretario del Interior, no podía permanecer con los brazos cruzados ante la indignación producida en muchos sectores del país..., *no por el golpe asestado a la Mafia, sino por los medios*

empleados para escenificar el mismo, ¡ah!, y me ha puntualizado que nadie me responsabiliza a mí de los hechos...

—Pero les hacía falta una cabeza de turco a nivel político y otra a nivel policial —concretó Austin, interrumpiéndole.

—¡Eso! —exclamó el senador, batiendo irónicas palmas. Para añadir—: En consecuencia, y sigo con las palabras de ese escribiente sumiso elevado a rango ministerial, se hacía necesario tomar medidas..., ¿oyes?, ¡tomar medidas!, de cara a la opinión pública...

—Opinión que ellos se pasan por donde quieren siempre que quieren —volvió a cortarle *Cross*.

—¿Me dejas...? —Se irritó Gilmore.

—Te dejo, te dejo... Revuélcate en tu propia morbosidad.

—¡Será en mi propio masoquismo! —exclamó Doug, haciendo gala de humor por primera vez—. Total, que me han cesado, poniendo en mi lugar al ínclito Harvey Scroeder, senador por Utah, perteneciente al ala moderada del partido republicano, chaquetero personal de nuestro secretario de Estado, chófer los fines de semana del mandamás de la Casa Blanca. Me han comunicado también tu cese y el nombramiento como jefe del GEAM de tú hasta ahora segundo de a bordo, Sylvester Brown...

—Poco podrá hacer, poco. Tendrá que avisar a Washington hasta cuando vaya a hacer menores. Brown depende directamente del Ministerio del Interior y debe consultar cada paso que dé.

—¡Y carta blanca a la Mafia...! —exclamó Austin en tono agrio.

—Yes. Ésos la han jugado de maravilla —admitió el senador de mala gana. Añadiendo—: Lo que tú decías al principio de nuestra conversación: aprovechando nuestro proyecto un nuevo «cerebro», un «don» que hasta ahora había aguardado pacientemente en segunda fila, ha dado el golpe de mano. Ahora la Organización modificará y modernizará estructuras. Se promocionará a flamantes personajes para puestos claves tanto en la política como en medios policiales y todo volverá a estar perfectamente controlado. ¡Ah!, se me olvidaba lo más interesante, compañero: se abre expediente para proceder a la investigación exhaustiva de los hechos para ratificar en caso de haberla la responsabilidad de los efectos al Comité Gilmore que hayan podido intervenir en la masacre, o exculparles definitivamente si no se prueba de manera fehaciente su vinculación a los sucesos. Total, Austin, que sólo ha faltado que nos

den... —¡Tranquilo, compañero, tranquilo! No anuncies el mal tiempo. De todas formas, Doug, tú largaste demasiado en la cámara. No se puede advertir al enemigo como lo hiciste. Se pusieron en guardia y...

—¿Cómo querías que consiguiera el apoyo de la mayoría si no soltaba una arenga de rompe y rasga, eh?

Austin, con reservas, movió la cabeza afirmativo. Gilmore siguió:

—Ya pensé en eso, ya. Pero estaba obligado a gritar los males de la Mafia, que muchos hacían por ignorar, y la necesidad de pisotearla.

—En fin, eso, ahora, nada nos resuelve.

—Pero tú tienes pensado algo, ¿no?

—*Okay*. He cambiado de actitud frente al problema, pero no en lo concerniente a su solución. Asunto de forma pero no de fondo, ¿entiendes? Voy a trabajar por mi cuenta, Doug.

—¡Eh, muchacho, para! ¿Quieres que te acribillen a balazos en cualquier callejuela sórdida? ¿No has visto cómo se producen esos engendros? Y además, ¿contra quién?

—Dame una lista de posibles sospechosos.

—Tenía un solo nombre y válido a todas luces. Pero se lo han llevado por delante y hasta aquí hemos llegado.

—¿Kevin McClure?

—El mismo —asintió el senador. Agregando—: Hubiese jurado encima de mil biblias que él movía los hilos de todo el tinglado, aquí, en Estados Unidos. Pero ahora, ¡ya me contarás! Por no tener, no tengo ni un sospechoso. Confieso que se me ha escapado el verdadero cerebro, la auténtica inteligencia. Todo lo que podemos conseguir, a base de mucho investigar, es el nombre de algún jefecillo de tres al cuarto.

—Por ahí se empieza, Doug. El hilo y el ovillo, ¿recuerdas?

—Eso requiere mucho tiempo, Austin.

—Tengo todo el tiempo del mundo, senador —anunció, irónico, el de las pupilas verdosas.

—¡Y también unas ganas impresionantes de que te maten!, ¿no?

—Ahora soy yo quien no te conoce...

Doug Gilmore se abalanzó hacia adelante. Dijo, en voz baja:

—Voy a tomarme un mes de vacaciones, ¿comprendes? A la

parienta, a Abbe, le diré que voy unos días al extranjero, ¿me sigues?

—Te comprendo y te sigo, pero no —sentenció Austin *Cross*. Añadiendo—: Tu puesto está aquí, en Washington, en el Senado, en la política. Es desde aquí desde donde puedes serme útil en un momento determinado. Un nombre, un contacto, una llamada telefónica, etc. Si de veras quieres colaborar...

—¡Yo puse en marcha el «Comité Gilmore»!, ¿lo recuerdas?

—*Okay*. Lo recuerdo, Doug. Y si quieres que a pesar de los pesares llevemos a buen puerto la finalidad por la que se creó el comité debes seguir aquí, en Washington. ¿Entonces?

Dejó caer los brazos por fuera de los de la butaca con expresión de franco abatimiento. Inclinando la cabeza hasta que su adiposa papada se estrelló en el pecho. Musitó:

—Estoy acabado. De acuerdo, poli.

—Ex... expoli, no lo olvides. Y ahora, antes de marcharme, con tu permiso, pasaré a saludar a Abbe. ¿Sigue tan guapa como siempre? —¡Más! ¡Mucho más!

—Así me gusta, Doug —le estimuló *Cross*—. ¡Arriba ese ánimo! Te aseguro que vamos a vencer.

Se alzó a su vez mirando abiertamente a su paisano.

—Eres el único en quien puedo confiar, Austin. Siempre quedándonos solos, como en los viejos tiempos, ¿te acuerdas?

—¡Los de Dayton somos así, Doug! ¿Qué le vamos a hacer?

CAPÍTULO VI

—¿Sí...? ¿Quién es? —preguntó una voz femenina desde el otro lado de la puerta.

—Soy yo, Belinda. Abre.

Okay. Se abrió la puerta de la habitación 652 del Embassy, hotel de Washington en el que se había alojado la pareja, provisionalmente, a su llegada.

—¡Por fin! —exclamó con un prolongado suspiro, mirando de pies a cabeza a *Cross*, lo mismo que si no le conociera—. ¡Me tenías preocupada, Austin! ¿Dónde diablos has estado?

El hombre pasó al interior de la estancia cerrando tras de sí la hoja de madera.

—¿Celosa...?

—¡Qué más quisieras tú!

Estaban uno frente al otro mirándose a los ojos con avidez, en el vestíbulo de la estancia que servía de antesala al dormitorio del que desde allí se obtenía una visión parcial con su amplia y mullida cama al fondo.

Belinda estaba más hermosa que nunca. Más *sexy* que en otras ocasiones. Más insinuante... diríase. Mucho más excitante.

Lucía una cortita falda de color azul marino que dejaba al descubierto la frutal lozanía de sus muslos tersos, frescos, juveniles... y unas botas hasta casi las rodillas de agudísimo tacón. El jersey cisne blanco, fino, suave como la piel de un gato de angora, aprisionaba cruelmente sus pechos agrestes, guerreros, que palpitaban con violencia apenas contenida, quizá por lo alterado de su respiración..., por el nerviosismo que la invadía ante la mirada silenciosa y al mismo tiempo elocuente, expresiva en grado superlativo del hombre.

—¿Qué te ocurre, Austin? —articuló con voz tenue, quebrada, que destilaba un matiz tenue y ronco—. ¿Por qué me miras así?

Había fuego, había llamas en los ojazos negros de Belinda al formular aquella pregunta, moviéndose con lentitud y suavidad hacia él, salvando la exigua distancia que los separaba, alzando la cabeza para ofrecer sus ya entreabiertos labios rojos, maduros como fruta presta a caer del árbol.

Se colgó, de súbito, con ambas manos en la nuca masculina, casi obligándole a bajar la testa..., para que captase en toda su plenitud el ofrecimiento sumiso de aquella boca ardiente, anhelante, cuyos labios estaban trémulos ante el ansia desbordada del beso que deseaban.

Austin consiguió romper, un tanto brutal, aquella barrera psíquica que de manera instintiva le mantenía alejado de ella. Hizo añicos la prevención instintiva que no le dejaba confiar plenamente en Belinda. Y lo hizo con violencia..., con apasionada violencia, estrechando contra el suyo aquel cuerpo que parecía una hoguera incandescente, que le ofrecía y contagiaba todo el fuego que dentro de él se generaba. Aprisionó la cintura vehementemente y un escalofrío que al instante se trocó en chorro de lava incandescente recorrió su espinazo al sentir incrustados en su torso, al sentirlos palpar dentro de sí, aquellos pechos de diabólico ardor, graníticos, bélicos, que amenazaban con horadar su tórax.

Y estalló el beso, presidido por una llamarada de éxtasis, de pasión. Era algo más que un beso, sí. Era la culminación de una necesidad presentida, era algo que les hacía falta a los dos para unirles de manera definitiva por encima de cualquier diferencia que hubiese existido. Austin, con avaricia incontinida, saboreó los dulces y sangrantes labios de la hembra amenazando con llevárselos al interior de los suyos en aras de aquella fiebre delirante que lo consumía.

—Son la fruta más deliciosa que jamás había probado... —jadeó en un momento de tregua, en un alto en el fragor del combate para recuperar el aliento.

—Sigue, amor, sigue... —musitó ella, vencida, por completo desarbolada, rendida sin condiciones al avasallador avance masculino. Feliz de sentirse succionada por aquel vendaval de loca pasión, de primitivo deseo, que se manifestaba en *Cross*—. No te detengas ahora, Austin. No... ¡Necesitaba tanto esto!

Proseguía el beso espectacular, sonoro, avariento. Y las manos

de Austin, con dedos torpes y nerviosos en principio, se movían alrededor del trazado femenino buscando aprisionar sus posiciones clave, buscando derrotar por completo al *enemigo* en su propia debilidad. Así, dominante ahora, reducía aquellos senos duros y cálidos al contacto mientras que de la garganta de Belinda escapaban roncós jadeos, suspiros agónicos, dulces quejidos de placer...

—¡Te deseo, Belinda, te deseo! —exclamó *Cross*, ciego ahora de pasión—. ¡Te deseo como nunca había deseado a otra mujer!

—Soy tuya, Austin, tuya...

Por encima de los frágiles hombros de la mujer, los febriles y brillantes ojos masculinos captaron un tanto difusamente la silueta del lecho, cobrando movilidad desenfocada en el fondo de sus verdosas pupilas..., la movilidad que su mente acalorada y estimulada en el definitivo estallido del huracán lujurioso.

La tomó en brazos, sintiendo cómo ella se acurrucaba fuertemente contra su pecho atlético, recogiendo lo mismo que una ardiente miniatura..., enervándole con las últimas gotas de aquel mágico elixir sexual que destilaba cada poro de la anatomía de Belinda.

Con la dulce carga a cuestas que se le antojaba más suave que una pluma, avanzó hacia el dormitorio. Durante unas fracciones de segundo, la figura poderosa de Austin *Cross* quedó enmarcada en el amplio ventanal, apenas distante unos tres metros, que daba paso a la terraza que corría paralela a la habitación. Fue justo en aquel instante cuando agachó la cabeza para besar los labios que ella no cesaba de ofrecerle.

¡Bendito ofrecimiento!

Justo en las milésimas de segundo que *Cross* invirtió en bajar la testa para hacerse dueño una vez más de la roja y carnosa boca de Austin Foster, se escuchó el silbido cruel de la muerte que traía volando sobre sus alas letales...

¡BANG!

... un proyectil que había sido disparado con matemática precisión para que impactase en el lugar exacto donde se debía hallar la cabeza de Austin *Cross* y la redujera a fragmentos de hueso y masa encefálica condenada a esparcirse por el suelo y paredes de la estancia.

Austin era uno de los hombres que habían salido preparados concienzudamente de la Escuela de Policía. Un tipo casi perfecto con extraordinarios reflejos que podían hurtarle a los tentáculos de la muerte en cualquier momento y cualquier situación... por comprometida que ella fuese.

Como ahora, como la de ahora, cuando todos sus sentidos, todo su aparato psíquico estaba inmerso en la ciénaga de pasión y deseo que le rodeaba.

Pero no fue óbice para que con Belinda entre los brazos se viniera abajo como una exhalación.

—¡Maldito hijo de perra!

—¡Austin! —gritó ahogadamente ella—. ¿Qué ocurre?

—Alguien acaba de disparar... ¡Arrástrate hasta el dormitorio! ¡Sin alzarle medio palmo del suelo! ¡Deprisa, pequeña!

Obedeció, temblorosa. Y no por el amor. Sí por el miedo a la muerte. ¡Sería tan horrible morir ahora!

Austin, consciente de que el asesino tenía todas las cartas de la baraja en la mano, al menos por el momento, giró una y otra vez sobre sí, hasta alcanzar la artística frontera de carpintería que separaba el vestíbulo del balcón.

El tipo estaba apestado con su rifle de mira telescópica en diagonal a la habitación que ellos ocupaban, sí. Alzó la cabeza unos milímetros para trazarse una composición del lugar. El edificio del hotel formaba una impresionante y enorme letra «L». El criminal debía encontrarse en una de las ventanas agrupadas en el vértice opuesto, bien en la misma planta o en la de arriba, así que... Austin se levantó, como si bajo el cuerpo tuviese muelles, lanzándose hacia la puerta como una exhalación, al tiempo que le gritaba a la chica.

—¡No te muevas de donde estás, Belinda! ¡No te muevas para nada! ¡Y no abras la puerta a nadie!

—¡Austin! ¡Por Dios! ¿Adónde vas?

—¡Tranquila, pequeña, tranquila! ¡Sólo son un par de minutos! ¡Estate donde estás, quieta... sin moverte! ¡Y no pierdas la calma!

Saltó raudo corriendo por el pasillo sin reparar en la gente, turistas en su mayoría, que se le venían de cara y con quienes tropezó sin la menor consideración derribando contra la alfombra a un individuo delgado, de raquílica anatomía, que soltó un taco mucho más grande que él.

Austin corrió escaleras arriba dirigiéndose a la planta superior. El asesino tenía que estar allí, sí. Sin lugar a dudas, Y no se trataba de una corazonada, sino de un razonamiento aplastantemente lógico. Para disponer de una visualidad total y de un completo ángulo de tiro había tenido que situarse, por fuerza, en diagonal descendente en el piso de arriba, ocupando el vértice antagónico al ocupado por la habitación de ellos en la planta de abajo.

Asomó al nuevo pasillo volando hacia el recodo del fondo, a que formaba el ángulo recto donde debían ubicarse las habitaciones en una de las cuales se encontraba el asesino.

—¡Maldita sea! —exclamó *Cross*, jadeante, en voz alta.

Había seis. ¡Nada menos que seis! Tres a cada lado.

¿Por cuál empezaba y con qué...?

Quedó roto el hilo de sus pensamientos al abrirse ahora, precisamente en aquel momento, una de las puertas.

El asesino, obvio, no había prevenido una reacción tan colérica de Austin.

El tipo traspasó el umbral y se quedó mirando al otro.

El otro, *Cross*, le miró a él.

Se lo habían dicho todo... TODO.

Sorpresa inicial, vacilación... La maleta que el fulano llevaba colgada de la diestra era una elocuente premonición. En su interior podía encontrarse el rifle de mira telescópica, desmontado, claro.

Le lanzó, con fuerza, la maleta al rostro.

Cross lo esperaba y evitó la andanada en ágil escorzo. Fue un preciso golpe de cintura que lo desplazó de su posición, ejecutado cronométricamente al tiempo que salía por los aires, planeado con impecable estilo circense, para reducir la distancia que le separaba del asesino. Éste había retrocedido con precipitación hacia dentro de la estancia y se disponía a estrellar la puerta adelante en busca de refugio y muy probable para pasar a la escalera de incendios a través de la balaustrada.

Austin, en el aire, con una flexibilidad increíble, juntó pies sobre la nuca dando un par de vueltas completas y estirando las piernas con igual potencia que le hubiera proporcionado un muelle que las hubiese contenido hasta entonces, estrellándolas con violenta sonoridad contra la hoja de madera en el preciso instante en que el otro la enviaba hacia él con violencia.

El topetazo fue escalofriante y la puerta estuvo en un tris de saltar de cuajo arrastrando con ella las bisagras.

El tipo corrió hacia el balcón... y Austin, que se había puesto en pie como por ensalmo, tras él.

Chevy Guevara, sabedor que no le favorecía la lucha a la intemperie, con posibles testigos, se detuvo frente a la cristalera, giró en redondo y se dispuso a hacer frente con la sorpresa a que equivalía su reacción sobre la carrera, a Austin *Cross*.

Con la sorpresa a que equivalía su repentino giro, sí. Y con la navaja de centelleante acero, de pulida hoja como un espejo, que lucía en su diestra, también.

Aprisionando el mango con suavidad, con el hábito de quien la tiene muy por la mano.

Durante unos segundos se escrutaron. *Cross* había quedado en ligera desventaja porque el súbito frenazo a que el otro le obligara le dejaba de lleno dentro del campo de acción del mortal acero.

—¡Tenía que haberte matado en el aeropuerto! —Escupió Guevara.

—Nunca es tarde, cerdo. ¿No te valgo ahora?

—¡Sí...!

Y tras la exclamación Chevy hizo un amago claro de lanzar la hoja contra el flanco derecho de *Cross*, esperando el subsiguiente salto de aquél hacia la izquierda para aguardarlo allí, al segundo del amago, y rajarlo de abajo arriba con asesina precisión.

La distancia era mínima para que pudiera haber fallo tras la lógica e instintiva reacción de *Cross*.

Pero Austin se había ido atrás, inclinando la espalda hacia abajo para lanzar ambas piernas adelante ensayando aquella jugada que en balompié recibía el nombre de «chilena» o «salto inglés».

Una pierna —la zurda en aquel caso, bajaba— y la otra —la derecha, obviamente— afianzándose en la fuerza que otorgaba la primera en su descenso, salía disparada con violencia en busca de un objetivo concreto.

—¡Aaaaag!

El punterazo demoledor que Guevara recibió en la muñeca que empuñaba la navaja fue brutal, obligándole a un grito de rabia y dolor. El acero escapó al momento de entre sus dedos tintineando macabramente al impactar, rebotando sobre el mosaico.

Austin recobró la vertical con mayor celeridad de la emplead por su antagonista en reponerse del dolor y adoptar una posición defensiva y gracias a eso, amarrando ahora la derecha al suelo disparó la izquierda contra la cintura de Guevara donde se estrelló demoledora.

—¡Hijo de ramer... a! —gimió, aunando la ira que el nuevo y superior daño le otorgaba, emergiendo de su propia impotencia.

Pero no estaba vencido, no. Porque al irse ligeramente atrás el asesino tropezó con la consola que sostenía el florero de plásticos adornos y lo atrapó con rabia proyectándolo sobre la cabeza de Austin quien, apenas si lo vio venir de manera confusa y ladeó la testa sin poder evitar que de forma parcial impactara en ella, junto a la sien.

Se le nubló la vista y dio unos pasos vacilantes llevándose ambas manos a los ojos.

—¡Ahora te machaco, cabrón! —rugió Guevara en *revival* de fuerzas que era algo así como su última oportunidad, la definitiva —. ¡Te machaco!

Y pasó abiertamente a la ofensiva aprovechando aquellos segundos de confusión y desconcierto que, tras el golpe, experimentaba Austin.

No se anduvo por las ramas consciente de que a su enemigo no se le podía otorgar la más leve ventaja. Por eso, bestialmente, le clavó un tremendo punterazo en los genitales que obligó a *Cross* a llevar las manos desde los ojos a la parte tan duramente castigada ahora.

Exhaló un ronco gemido de dolor y retorciéndose en tierra como un ovillo, en un raptó de lucidez, trató de hurtarse a la presentida avalancha del otro en busca de los golpes decisivos, definitivos.

Chevy Guevara quiso afinar tanto, quiso asegurarse la victoria con tal precisión, que perdió unos segundos preciosos en inclinarse al suelo para recoger la navaja.

Cross captó su imagen con ojos turbios.

Pero sabiendo que aquélla sí era su última oportunidad. Aunando sus fuerzas en titánico derroche de voluntad para sobreponerse al dolor que laceraba todo su cuerpo trazó una «X» con ambas piernas pillándole en medio las suyas a Guevara, cuando ya se incorporaba otra vez navaja en ristre.

—¡Tu puñetera...!

Y largó la zurda al aire para cazar el rostro del criminal cuando éste se encogía a efectos del primer viaje. Se lo dejó como un mapa porque la puntera del zapato hizo blanco en plena jeta y le puso nariz y boca chorreando sangre.

Pero Guevara, como instantes hiciera *Cross*, se lo jugó todo a una carta. Olvidándose del lacerante dolor que sentía en la cara y obrando a ciegas porque la sangre enturbiaba sus ojos, se fue adelante aprovechando el propio impulso, acero extendido para estrellarse en el pecho de Austin que había quedado impensadamente al descubierto.

—¡Ahora...! —barbotó, escupiendo hilos sangrientos— ¡AHORA!
Fue un reflejo condicionado.

Extendió la diestra, centelleante, aprisionando la muñeca armada de Chevy Guevara, quebrándola con giro seco y preciso, volviéndola hacia arriba... cuando el otro se vencía sobre él definitivamente.

—¡¡AAAAAAAAAAG!!

La refulgente hoja de acero quedó hundida, hasta casi la empuñadura, al principio del tórax de Guevara, justo debajo de la garganta, causándole la muerte instantánea.

Austin, jadeante, extenuado por el tremendo esfuerzo que había derrochado en aquella lucha titánica, sin cuartel, contra un enemigo harto acostumbrado a matar, tremendamente práctico en las artes de la violencia, se ladeó con sonoro suspiro para evitar que Guevara cayese sobre él puesto que ya no tenía fuerzas ni para empujarlo hacia atrás.

Se quedó en tierra, despernado y con los brazos en cruz, inhalando aire con fructuosa necesidad de vivir, con ansia desesperada... pensando quizá, de nuevo, en ella.

Como si su pensamiento hubiese sido una premonición escuchó la voz ansiosa, anhelante, ahogada por el temor, exclamando en explosión de júbilo al comprobar que seguía vivo:

—¡Austin...! ¡Austin, amor mío! ¿Estás bien?

Y se abalanzó sobre él, febril, como loca, cubriéndole el sudoroso rostro de besos, bebiéndose aquel sudor agrio, salobre, derramado en la brutalidad de la contienda.

—Según lo que tú entiendas por bien... —jadeó—, ¡sí! Al

menos... aún puedo respirar.

—¡Vida mía! —Y trató de levantarle la cabeza.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Puede que en función del mismo razonamiento que tú. ¿No crees?

—Yo... —Intentó incorporarse—, muñeca, creo lo que tú quieras. Y ahora, ayúdame a llegar a nuestra habitación. Si alguien asoma por aquí habrá que darle demasiadas explicaciones a la policía capitalina. ¡Y ya sabes cómo son los de Washington!, ¿no?

—Calla, amor, calla. Guarda las fuerzas para caminar. Luego hablaremos de todo esto. Ahora... —Hizo un considerable esfuerzo para tirar de él—, ¡arriba!

—¡Vaya! —exclamó Austin, tratando de pintar en su cansado rostro una sonrisa o algo que se le pareciera—. ¡Has conseguido levantarme!

—¿Quieres callarte y andar, 007?

—*Okay*, bonita... Porque te he dicho que eres la mujer más bonita que he conocido en mi vida, ¿verdad?

—¡Austin. Austin...! ¡Por favor!

—Y pensar que ese canalla de mierda me ha interrumpido cuando me disponía a... —Tendremos tiempo de *eso*. ¿No te parece? Lo importante en este momento es que estás vivo...

—Y con muchas ganas de...

—¡De nada! —le cortó ella mientras andaba a cuestas con él pasillo abajo—. En este momento, su majestad el macho, es incapaz de comerse un rosco.

—Si tú lo dices...

—Lo afirmo. Me conozco, ¿sabes? Y sé que tengo mucha marcha.

—Hablas del amor como si fuera un coche de juguete dirigido.

—Es la expresividad actual, 007. Hay que estar al día. ¡Y por favor!, quieres poner más atención al lugar dónde dejas caer los pies, ¿eh?

—Perdona si te he pisado, princesa.

—¡Hacen falta ganas para enamorarse de un hombre!

Austin se recostaba contra ella muy intencionadamente.

—¡Ah...! Reconoces al fin que te va mi marcha, ¿eh? ¡Lenguaje actual, muñeca! —*Cross* se percató de que ella se dirigía hacia el

panel de elevadores y exclamó—: ¡No, Belinda, al ascensor no! Bajaremos por la escalera.

—¡No vamos a llegar nunca! Al paso que vas... —Y arrepentida al instante de lo que acababa de decir en un raptó de nerviosismo, o de temor a tropezarse con alguien, exclamó—: ¡Perdona, Austin! Creo que todo lo sucedido me ha alterado. Camina despacio...

—Oye, muñeca...

Belinda ladeó la cabeza al tiempo que la alzaba.

—¿Qué...?

Cross bajó la suya, centelleante, para estrellar sus labios en los de Belinda y devorarlos con desespero.

—¡Qué boca tienes, pequeña... QUE BOCA!

—Qué cínico eres, grandullón... ¡QUE CÍNICO!

Y siguieron adelante, poniendo Austin, ahora, más rapidez en el empeño, teniendo la fortuna de no tropezarse con nadie en el resto del trayecto.

CAPÍTULO VII

De regreso a Nueva York, desde el mismo aeropuerto, Austin Cross se dirigió directamente a su domicilio para descansar y también porque necesitaba estar solo, recomponer hechos y sucesos, tomar estado de consciencia con la situación en que se veía involucrado y trazar un definitivo y concreto plan de acción.

Belinda Foster tomó un taxi rumbo a la dirección del *Herald Tribune* porque estaba obligada a justificar su ausencia de alguna manera y porque tenía necesidad, a la vez, de poner en orden su trabajo. Y porque...

—Voy a enterarme de las posibles novedades que se hayan producido durante nuestra ausencia. Austin —le dijo cuándo se despedían, cada uno al pie de su taxi.

—Pon todos tus sentidos en lo que hagas, pequeña. ¿Ya has visto lo ocurrido en Washington?, ¿eh? Eso te hará entender que no trataba de asustarte cuando te apunté los riesgos que íbamos a correr.

—Lo sabía, amor, lo sabía —se acercó hasta él para empinarse sobre la puntera de las altas botas y besar los labios masculinos—. ¡Ah...! —exclamó seguidamente—, voy a confeccionar la lista de los mafiosos de arriba, teóricos claro, que han salido indemnes de la masacre... y subrayaré los nombres que a mi entender tengan más posibilidades de corresponder al nuevo «don», ¿okay?

—Okay, linda.

—Por la noche me reúno contigo en tu apartamento, ¿vale?

La estrechó contra él sujetándola por la cintura para clavar su boca, hambrienta, en aquélla, tan roja y golosa que se le rendía una vez más.

Tras el ósculo febril que hizo sonreír a los taxistas que esperaban pacientemente a que la pareja decidiera separarse, Austin

recomendó:

—No te retrases. Belinda... te lo ruego. De ahora en adelante no estaré tranquilo ni un minuto hasta que te tenga a mi lado. ¿Lo prometes?

—De acuerdo, Austin. Sé cuidarme, no te preocupes. Y si hasta hoy había tenido deseos de vivir... ¡ahora tengo verdadera locura por la vida! Será que intuyo que a tu lado voy a vivirla con mayor intensidad, será que te quiero demasiado y por nada del mundo quisiera perderte...

—Si empiezas así no vas al periódico porque te llevo directamente a la cama, ¿eh?

Se coló veloz, la muchacha, en el interior del taxi. Asomó el rostro, agitando la diestra en el aire.

—¡Hasta la noche, amor!

Cross la imitó dando al taxista la dirección de su apartamento.

Llevaba como media hora tendido en el lecho, vestido, dándole vueltas a los hechos que en menos tiempo del que costaba «digerirlos» se habían desencadenado, cuando se dejó oír en la estancia el musical campanilleo del teléfono.

Cross vio truncado el hilo de sus reflexiones con ligero sobresalto.

¿Sería Belinda...?, fue su primer pensamiento al tiempo que estiraba el brazo derecho para descolgar.

—¿Sí...?

—¡Hombre, Austin, por fin! —exclamó una voz grave, con suspiro de satisfacción, al otro extremo del cable—. ¡Creía que estaba usted en el fin del mundo!

Era la voz del comisionado de la Policía Metropolitana de Nueva York.

—¿En qué puedo servirle, señor? —interrogó *Cross* con manifiesta frialdad.

—No hace falta que se lo diga, me parece. Podría usted servirme... regresando al departamento. Oficialmente le tengo a usted de vacaciones.

—Pierde el tiempo, Spielberg. No pienso volver.

—Llevo casi medio día llamándole —habló el comisionado, como si no hubiera oído las últimas palabras del «ex»—. He

acabado por suponer que había ido usted a Washington para cambiar impresiones con el senador Gilmore...

—Exacta suposición. ¿Y...?

—Quería comunicarle un hecho que quizá usted desconoce, Austin.

—¿Y se trata...? —*Cross* seguía en su parcela de ausente frialdad. Era como si en cada palabra le dijera a Spielberg que no le había colgado ya el teléfono por simple cortesía.

—Ayer se produjo un quintuple asesinato en Nueva York... — Sin dar opción a que Austin *Cross* hiciera el menor comentario desfavorable al respecto, Spielberg narró los hechos acaecidos en aquel garaje en desguace. Añadiendo, casi sin respirar, al término de las iniciales explicaciones—: Los cadáveres estaban carbonizados y sólo dos de ellos han podido ser identificados: Uno corresponde a René Morales y el otro a Ajita Donovan.

—Y eso, comisionado —por fin le pudo «cazar» en un respiro y meter su voz en el cable telefónico que cruzaba las de ambos—, ¿qué tiene que ver conmigo?

—Indirectamente... ¡y hasta directamente si me apura!, mucho. Esa chica y el tal Morales formaban parte de un comando terrorista del que se tiene nefasto conocimiento en varias repúblicas de sur y centroamérica. Habían operado en Guatemala, El Salvador y Honduras. Expertos en el asesinato y la subversión. El haber podido identificar esa pareja hace suponer que los otros tres podían ser Rubén Kreuser, Chevy Guevara, Franco Kano o Rafa González. Ésos son los seis nombres que se conocen como integrantes del tal comando. De esta deducción se desprende que uno sigue con vida... y se desprende también, ése es el verdadero motivo de mi llamada... *que puedan tratarse de los autores materiales del golpe a la Mafia*. ¿Cree o no, que todo ello tiene que ver de algún modo con usted?

Austin dejó escapar una risita cáustica a través del cable.

—Admito su buena fe, comisionado —dijo, no obstante—. Pero es inútil que siga esforzándose. Si les apunta esa teoría a los cenizos de arriba le contestarán que yo contraté a ése comando terrorista. Sé de qué va el asunto, Spielberg.

—¡Usted se regocija en su hipotética desgracia, *Cross*! ¡Tiene que luchar, que seguir adelante! Oficialmente nadie le...

—¡Entonces! —le cortó tajante el «ex»—, si nadie me acusa de nada, ¿por qué me ofrece usted esa justificación en forma de posibilidad de que esos terroristas cometieran los crímenes? ¡Se contradice, comisionado, se contradice! Aunque le vuelvo a repetir que entiendo y considero sus buenas intenciones hacia mí. ¡Ah! —Siguió a la exclamación otra risita irónica—, ese sexto terrorista que suponen vivo tengo la impresión de que falleció ayer en el hotel Embassy de Washington, de forma un tanto violenta. —¿Cómo lo...?

—Y ahora, comisionado Spielberg, si me perdona, tengo mucho que hacer. ¡Buenas tardes!

Y colgó.

Pensando en que la hipótesis era muy interesante: unos terroristas desmembraban a la Mafia asestándole un duro golpe al estilo comando, sí. Pero... ¿por orden de quién? ¿Quién les había mandado volar, mortalmente, sobre el mido de la Mafia?

—¿Quién... quién... quién... QUIEN? —masculló, nervioso, al tiempo que saltaba del lecho, consultando el reloj. Preguntándose con inquietud—: ¿Cuándo demonios llegará esa criatura?

Y siguió dándole vueltas y más vueltas al enigma, al... ¿QUIEN?

Hubieron de transcurrir más de dos horas —de penuria, incertidumbre y nerviosismo para Cross— antes de que la periodista recalase en el apartamento.

—¡Uf...! —suspiró—. Faltas media hora de ese maldito periódico y los papeles se acumulan que es un primor —ser alzó sobre la puntera de los zapatos para rozar tentadora y cuca los labios del hombre. Añadió, tras dar una vuelta sobre sí, en el *living*, dejándose caer finalmente en una de las cómodas butacas que conformaban el tresillo tapizado en skay a base de azul y blanco—: ¡Oye, Austin!

Cross se acomodó en el brazo de la butaca ocupada por ella, inclinándose hacia la mujer para mirarla cálidamente.

—¿Sí...?

—Con todo el jaleo habido en el hotel de Washington y la precipitación del regreso no me has hablado apenas de tu amigo y paisano el senador Gilmore: ¿cómo lo encontraste?

—Mal. Aunque al término de nuestra conversación quiso levantar el ánimo para demostrarme que anda fuerte de moral y que el bache es pasajero, lo conozco muy a fondo como para ignorar

que está acabado. Este mazazo es el fin definitivo de su carrera política.

—Si tenemos éxito —aportó ella—. Austin... quizá tú puedas reivindicarle.

—Quizá... pero primero debo reivindicarme yo, muñeca. Dicen que la caridad bien entendida empieza por uno mismo, ¿no?

—Yes ¡Ah...! ¡Oye! Tengo un notición que puede ser trascendente. Ayer fueron hallados...

—... Cinco cadáveres carbonizados en un garaje o taller de coches en ruinas. Se ha podido identificar a dos de los cuerpos...

—¡Eh, eh, para el carro, «ex»! —exclamó Belinda, golpeando cariñosamente con su morena cabecita el flanco diestro de Austin—. ¿Cómo te has enterado?

—Telepatía telefónica, señorita —dijo, burlón, para confiarle seguidamente la llamada del comisionado Wallace Spielberg.

—Puedo confirmarte —empalmó Belinda con las palabras finales de *Cross*—, que los nombres de los tres restantes, son: Rubén Kreuser, Franco Kano y Rafa González, de nacionalidad puertorriqueña que, junto con Chevy Guevara... *al que tú borraste ayer en Washington del censo de los vivos*, componían un comando terrorista independiente, mercenario, sin atender concretamente a ningún credo político, que se alquilaban al mejor postor para actividades subversivas, masacres y otras buenas obras de carácter social —concluyó, burlona, la muchacha, inquiriendo—: ¿Te das cuenta de que los periodistas siempre estamos más y mejor informados que la policía?

—Será porque tenéis las manos y la boca libres para moveros y hacer preguntas. Es más fácil andar por el mundo de preguntón periodístico que de inquisidor gubernamental... —¡digo yo!— exclamó, irónico también, el «ex».

Bajó más la cabeza para besar los labios de Belinda.

—Saben a fresa, muñeca... —murmuró, relamiéndose los suyos después del beso.

—¡Te van a nombrar el tonto del año!

—Si es por besarte... *jremember!*

Iba a repetir la suerte, pero ella hurtó ahora la boca para decir:

—¡Ah, «ex», un último punto para completar la información! El terreno donde se encontraba esa nave en ruinas, los adyacentes, en

los que se ubica un cementerio de coches y una planta de chatarra, fueron adquiridos hace un par de meses por el EAST NEW YORK BANK AND C.^º...

—¿Tiene ese detalle mucha importancia. Belinda?

—Esa pregunta quisiera que la contestases tú, ¿no te parece? Se encogió de hombros.

—De momento, no le veo nada trascendente al hecho... ¡Eh, pequeña! ¿Qué hay de esa lista de futuribles jefes mafiosos... o jefes en el presente ya... o instigadores de ese vuelo sobre el nido... qué hay de todo eso, prenda?

Belinda fue por su bolso moderno, excéntrico, de piel repujada y con raros adornos al estilo indio, con larga asa de cuero que ella solía colocarse por bandolera y de su interior extrajo un folio mecanografiado, que tendió a *Cross*, puntualizando:

—Esos nombres, Austin, no pasan de ser una posibilidad.

Fue él quien ahora se hundió en la butaca que segundos antes había ocupado Belinda.

Con la hoja entre las manos, leyéndola con evidente atención.

Alzó la diestra, pidiendo:

—Déjame un «boli», preciosa.

La periodista le tendió un bolígrafo metálico, de superficie plateada, con el cual Austin, fija su mirada en el folio, trazó en éste un círculo en el que prendía varios de los nombres y subrayaba de ellos, a continuación, estos tres:

NEIL BRADEM, *exsheriff* de Pittsburgh (Pennsylvania), abogado en ejercicio y consejero legal de dos empresas a las que estuvo vinculado en calidad de ejecutivo el fallecido senador por Pennsylvania, Kevin McClure. Bradem fue también fiscal de la corte de Pittsburgh y según *vox populi* (confirmada por otras versiones dignas de crédito) fueron muchas las injusticias por él cometidas al exculpar de flagrantes delitos y reiteradas violaciones de la ley a gente conectada con el mundo de *Vi* alta delincuencia. Rumores, que luego serían más que eso, apuntaron hace años la posibilidad de que Neil Bradem estuviera en connivencia con preponderantes magnates de la Mafia.

SIDNEY NEWMAN, presidente del Consejo de Administración del EAST NEW YORK BANK AND C.^º. En repetidas ocasiones ha saltado a la palestra su más que posible intervención en fugas de

divisas y manipulación con las mismas en el extranjero, y se ha dicho que si no se le probaba nada era debido a que personalidades de Washington protegían por intereses comunes al banquero. Uno de los nombres que a este respecto sonó con más insistencia fue el del asesinado senador Kevin McClure de quien Newman era consejero privado en todo lo que hacía referencia a inversiones financieras. Se ha rumoreado con insistencia su más que posible conexión con la Mafia debido a sus transacciones con capitostes del extranjero de probada fidelidad a la Organización.

AL DUFFY, director de la cadena independiente de televisión CANAL DEMOCRÁTICO USA, que cubre principalmente la costa Este norteamericana desde Florida a Maine. Aunque su cargo preponderante al frente de ese medio de comunicación no es más que una tapadera al decir de unos, según otros ha sido el arma más efectiva de Duffy para patrocinar la campaña de ciertos politiquillos promocionados por la Mafia. Se vio involucrado en marzo del 80 en un caso de tráfico de estupefacientes cuya red fue parcialmente desarticulada por la Brigada Antidrogas de Miami. El juez calificó de pruebas circunstanciales las que apuntaban a Duffy, expulsándolo y decretando su libertad. Todos, lo medios locales de difusión, presionados por el propio Duffy, se encargaron de reivindicar su imagen... a excepción hecha del redactor-jefe de una publicación de corte independiente, Johnny Cortroa, que murió pocas fechas después en extraño accidente.

—¡Buen trabajo, pequeña, buen trabajo! —murmuró Austin al tiempo que dentro de aquel círculo preliminar, trazaba otro ahora, en el que sólo quedaba prendido el nombre de: SIDNEY NEWMAN, añadiendo—: Creo que para comenzar, éste es nuestro hombre.

Belinda, que había seguido con mucha atención los movimientos del bolígrafo en su trazo de círculos, inquirió:

—¿Por...?

Habían varias respuestas al interrogante en el cerebro de *Cross*.

—Porque se da la sugestiva coincidencia —habló, un tanto ausente— de que el garaje o taller de reparaciones en ruinas donde han sido exterminados cinco de los componentes de ése comando terrorista, está enclavado en terrenos adquiridos por el EAST NEW YORK BANK AND Co., del que Newman es el presidente del Consejo de Administración. Porque ese apellido se lo he oído mencionar a

Gilmore en varias ocasiones cuando hablábamos acerca de los peones efectivos de la Mafia, y Doug lo conectaba, como se dice en este pequeño informe tuyo, con el fallecido McClure...

—Todo muy circunstancial, ¿no te parece?

—Como circunstanciales son las hipótesis que involucran a los demás nombres, ¿no crees? —replicó a su vez *Cross* como si tratara de justificar la coherente incoherencia de su repentino interés por Sidney Newman, como si tratara de distraer a Belinda de preguntas más concretas.

—Lo que sí me parece, y no me preguntes la razón porque la ignoro, es que tú me ocultas algo con respecto a Newman.

Austin experimentó idéntico desasosiego que si encontrándose en un baile de máscaras alguien le hubiese arrancado el antifaz antes de las doce de la noche... o la misma angustia que si un alacrán de aquellos que inoculaban un veneno que sin ser mortal produjera graves trastornos, acabase de hincarle su minúsculo aguijón... sintió mil distintas sensaciones y ninguna agradable.

Posiblemente porque no era un experto en mentir.

Pero ahora no era el momento idóneo de confiarle a Belinda el porqué de su atención centrada en Newman. Desde el instante en que había leído su nombre en la lista, otro nombre se había estrellado con fuerza arrolladora contra los acantilados de su mente resucitando unas escenas del pasado que suponía definitivamente olvidadas... resucitando un nombre de mujer que un día ya lejano, o al menos así lo creía, significó mucho en su existencia, lo significó todo en su vida: ALMA SYDOW.

No podía hablarle de ella a Belinda cuando acaban de conocerse, cuando acababan de enamorarse... cuando la periodista, de forma insólita e insospechada, sorprendente y espontánea, había venido a llenar un largo vacío afectivo en la vida de *Cross*... aquel vacío que se produjo, precisamente, cuando Alma Sydow salió de su vida.

No podía hablarle ahora... NO. Porque tenía miedo de perder también a Belinda cuando apenas comenzaba a hallarla.

—Quien calla otorga, ¿no? —Se disparó nuevamente la voz musical de la periodista ante el prolongado silencio que él establecía entre ambos.

—¡No! —Salió de su mutismo como si le hubiesen pinchado al final del espinazo—. ¡No! —repitió. Y quiso justificarse de nuevo—:

Estaba tratando de ordenar mis ideas y releendo de nuevo los nombres que has escrito... ¿Hablabas de razones ocultas con respecto a Newman? ¡Por Dios, pequeña! ¿Cuáles iban a ser? ¡No le conozco ni he hablado con él jamás en mi vida! Aunque como te he dicho, tenía referencias de sus posibles conexiones con el mundo del hampa... ¡y con alguien habrá que empezar!, digo yo.

—Si dices tú... —bromeó no muy convencida de la actitud última de *Cross*.

Austin se elevó de la butaca como lanzado por un resorte. Belinda, con expresión asombrada, inquirió:

—¿Vas a alguna parte?

—A cambiar impresiones con el señor Newman.

—¿Ahora...? —siguió exteriorizando ella su sorpresa.

—Ahora.

—Pero...

—¡No hay pero que valga, preciosa! —La estrechó por el talle sellando sus labios con un beso prolongado.

Después, afirmó ella:

—¡Voy contigo, Austin!

—Nones, pequeña. Tú te quedarás aquí, en casita, esperándome. Son cosas de hombres, ¿entiendes?

—No, por supuesto que no entiendo. Pero como sé que no tengo otra opción... ¿Hay máquina de escribir en esta casa?

—La hay.

—Algo es algo. Austin...

—¿Si...?

—¡Cuidado, por Dios, cuidado! Piensa que en Washington...

—Olvidalo, pequeña. El comando terrorista está

R. I. P.

—Pero quedan más asesinos... corren muchos asesinos por el mundo.

—¿Y de los hombres valientes como yo, qué me dices? —Y sin darle tiempo a la respuesta volvió a saborear su boca.

—¡Qué... —jadeó Belinda— que besas de maravilla!

Eso mismo le había dicho, en cientos de ocasiones. Alma Sydow.

CAPÍTULO VIII

Había estado profundamente enamorado de Alma Sydow.

Y era cuestión de preguntarse, ahora, si no lo seguía estando y para huir otra vez, para huir definitivamente, aceptaba aquel maravilloso sucedáneo que la vida acababa de obsequiarle en forma de Belinda Foster.

¡Qué extraña y complicada era la mente humana!

Y qué triste el que un hombre, en determinadas circunstancias, no fuera capaz de conocerse a sí mismo..., de ahondar en su cerebro y descubrir sus verdaderos sentimientos.

ALMA...

Un episodio maravilloso de su juventud, de su adolescencia, mejor dicho, porque él seguía siendo un hombre joven. Pero dieciocho años... ¿qué eran realmente en la vida de un hombre? Mejor preguntar si se era hombre adulto a los dieciocho años.

Lanzó un manotazo al aire como queriendo ahuyentar los fantasmas que rondaban por su mente.

Alma Sydow..., a causa de ella Sidney Newman se había cruzado por primera vez en su existencia.

¡Hermosa y apasionada Alma! ¡Sueño irrealizable para muchos!

La había visto por primera vez en lo alto de un escenario de un teatro del Broadway. Cantaba con poca voz, pero cálida y penetrante; bailaba con el huracanado y pegajoso acento del Caribe; hacía ondular su cuerpo escultórico y excepcional como si cada miembro fuera independiente del resto... y escenificaba un *strip-tease* fugaz, colérico, que nada tenía de procaz y mucho de artístico.

La había visto por primera vez, unos segundos desnuda, en lo alto de un escenario.

Fue acto seguido y se lo dijo. Ella se rió primero, pero al cabo de dos días admitió que también le amaba apasionadamente.

Y comenzó el romance... que más tarde se vería truncado por la

injerencia de Sidney Newman.

Alma estaba loca por él, sí..., pero sin renunciar a su pasión y servidumbre por el lujo, el esplendor, las joyas, los restaurantes de lujo, los coches deportivos, el dinero, Y todo eso se lo ofreció Newman a cambio de llevarla a la cama cuando lo deseara.

Austin pronto descubrió las relaciones de la actriz con el banquero y estalló la escena que la vehemencia de *Cross* salpicó con violentos destellos. Dejó de verla quizá, primero, dolido por la traición... y para no contemplar las huellas que su temperamento habían dejado en el rostro de la hermosa hembra.

Alma, semanas después, le buscó. Prometiéndole que lo de Newman se había terminado, que estaba dispuesta a conformarse con la suerte que el destino le deparase junto a él... *Cross* no cedió. Sabía que pese al amor que le profesaba, Alma volvería a las andadas, con Newman o con otro que manejase el dinero como él.

Volvió con Newman, que hizo de ella su protegida, su querida, la alzó al moderado estrellato de Broadway hasta acabar construyendo para ella un fenomenal *night-club* en la parte alta de Nueva York.

En el 1574 de Saint Nicholas Avenue.

—Buenas noches, señor, ¿qué va a tomar?

—¡Eh...! —exclamó, como si cayera de nubes muy lejanas—. ¿Cómo ha dicho?

—Perdón —habló el camarero en tono quedo y educado—. Le preguntaba al señor qué deseaba tomar.

—¡Oh..., sí! ¡Disculpe! Estaba distraído. Un *whisky*.

—¿Alguna marca en especial?

Austin *Cross* se encogió de hombros.

—No, no... Lo dejo a su criterio.

—Gracias, señor.

Se alejaba ya, cuando Austin exclamó:

—¡Eh...! ¡Camarero, por favor!

Volvió sobre sus pasos.

—¿Desea algo más el señor?

—¿Está la señorita Sydown en el local?

—Creo que sí. Seguro que sí... porque a las 10.30 es su primer pase en el espectáculo.

—¿Dónde puedo verla?

—En su camerino —dijo de manera impensada. Rectificando—: Bueno, ahora imposible. Se está preparando para actuar, como le he dicho. Además, tiene estrictamente prohibido que se la moleste.

—¿Dónde están los camerinos, amigo?

—Señor, comprenda...

—Comprendo, comprendo, —sonrió, metiendo un billete de 25 dólares, después de mostrárselo, en el bolsillo de la negra chaqueta —. Usted se limita a indicarme el camino y yo hago el resto. ¡Nunca revelando la fuente de información!

Dejó escapar el camarero una sonrisa de complicidad y anunció:

—Tras el escenario, a la izquierda, verá unas cortinas rojas sobre las que hay un letrero que dice «PRIVATE». Allí empieza un corredor. La segunda habitación de la derecha es el camerino de la señorita Sydow.

—Gracias.

Y se alzó al instante de la mesa, serpenteando por entre las otras hasta alcanzar la plataforma donde se ubicaba el escenario... En una de las últimas, tras una crispación instintiva de rabia, creyó descubrir la presencia de Sidney Newman. Estuvo tentado de volver atrás, pero... no era razonable abordarle allí, a sabiendas de que la entrevista podía acabar en un terremoto de violencia. No sería justo reventarle el espectáculo a Alma.

Había dejado atrás las cortinas rojas cuando se tropezó con el bulldog. Un tipo de características físicas que lo acercaban notablemente a «Hulk», con cara de insuficiente mental irrecuperable y rictus de mal perdedor.

Los consejos de Newman se hacían patentes a través de aquel guardián protector, de aquel asesino a sueldo.

Alma Sydow había terminado por contagiarse totalmente, claro. En el fondo era lógico.

—No se puede pasar —dijo, como si masticara cada letra.

Era inútil discutir, polemizar, con un ente programado como aquél.

—Ya...

Le metió la rodilla derecha en las pelotas y cuando el tío soltó el grito, la obscenidad, el bufido, y se dobló como un caracol a causa del brutal impacto, le sacudió un tremendo patadón en plena jeta que lo catapultó, inconsciente, a la otra punta del pasillo.

—Asunto terminado —y se frotó las manos.

Segunda de la derecha. *Okay*. La abrió.

—Hola, Alma.

Ella soltó un respingo. A través del espejo pulido, grande, ovoidal, que había sobre el tocador y en el que ella se recreaba punteando su bello rostro, buscó ansiosamente la cara del libertino que se atrevía a...

—¡Austin! ¡Austin! ¿Eres tú...?

—Eso dicen, guapa.

Además de guapa estaba completamente desnuda.

Giró hacia él, sin hacer el menor intento de cubrir sus exhaustivos y voluptuosos encantos. Más bien al contrario, porque se puso en pie con estudiada lentitud, recreándose casi morbosamente en el hecho de ofrecer el impacto obsesivo de la lobidine que evidentemente debía crear su escultural anatomía desnuda en el cerebro cuyos masculinos ojos la contemplasen... o la devorasen.

—Estás divina, como siempre.

—¡Austin, mi pequeño! ¿Lo dices de veras?

—De veras...

—¿Serías capaz de decirme que me deseas?

Y había ondulado un par de pasos hacia adelante, hacia él..., portadora de un ofrecimiento increíble, enervante, lujuriosamente arrollador.

Se recreó mirándola, en silencio. Contemplando, embelesado, su ondular de ofidio deseable, apetitoso, excepcional.

Era pelirroja, con largos cabellos de fuego que golpeaban sus hombros y parte de la espalda. Ojos azules, de tonalidad turbia y excitada..., ojos que hablaban de amor y prometían pasión. Los labios eran sexuales, sugerentes, de tinte escarlata que escribían en el aire palabras de fuego.

El cuerpo, pura filigrana. Exposición viva de ancestral deseo. Un canto estridente a la cópula. El auténtico furor de su encanto radicaba en la agresiva pujanza de aquellos pechos pródigos, deliciosamente arqueados y exquisitamente firmes. Belicosos, guerreros, desafiantes... Como aquellas nalgas cimbreñas que rotaban en lo alto de unas piernas esbeltas, de unas piernas que se acababan en menudos pies que, muy despacio, seguían avanzando

hacía *Cross*.

—Te deseo...

Cuando ella iba a estrellarse en el torso de Austin, golpearon con nerviosismo en la puerta.

—¡Señorita Sydow, señorita Sydow...! ¡Soy Matews! ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente, Matt. Mejor que nunca. ¿Por?

—Es que un tipo me ha golpeado a traición y...

—Olvídate de él, Matt. Ya lo he despachado. ¡Ah, Matt! ¿Sigues ahí?

—¡Sí, sí, señorita Sydow! —respondió el bulldog sumisamente—. ¿Necesita algo?

—Que le digas a Marion que no voy a actuar en el primer pase. Dile que no me molesten y que se las apañe como pueda, ¿está claro?

—¡Sí, señorita Sydow! ¡Muy claro! ¡Ahora mismo se lo comunico!

—¿Le das de comer en la palma de tu mano, muñeca? —inquirió Austin, burlón.

—El único hombre que yo hubiera deseado que comiera de la palma de mi mano eres tú...

—Pero preferiste la mano de oro de Sidney Newman, ¿no?

—¡Por Dios, Austin! Después de tanto tiempo..., ¿has vuelto para torturarme?

—No...

—Has dicho que me deseabas, ¿verdad?

—Sí...

—Cumple tus deseos, lo necesito. Llevo años enteros necesitándote...

La estrechó, cediendo al deseo que rompía su pecho en pedazos, a la necesidad de poseerla que era superior a la de un vendaval estallando contra sus sentidos.

Sobre el suelo había una moqueta de Bruselas con grandes y suaves bucles de pelo que cubrían el piso de la estancia en su totalidad. Ella pareció leerle el pensamiento, y:

—Son unos bucles muy dulces, Austin. Se está como en las nubes... La trabó apasionadamente para echarla encima de las nubes.

—Sigues siendo el mejor. Y yo sigo estando loca por ti, Austin.
—¿Por qué soy el mejor?

Alma bebió el *whisky* a pequeños sorbos.

—Te deseaba mucho, sí. Quizá más que tú a mí. Pero no se trataba tan sólo de eso, policía. Se trata de que eres el único hombre al que he querido de verdad.

—¿Y Newman? —La pinchó *Cross*.

—¿Es por él que has venido, cierto?

—También deseaba verte, Alma.

—Ya no me quieres y lo sé. Basta comprobar de la forma que has hecho el amor conmigo. Deseo... como podías desear a otra cuyos encantos te apetecieran y punto. Corrígeme si me equivoco.

—¿Debo ser sincero?

—Al máximo, Austin —echó otro trago de *whisky* al interior de su cuello de cisne—. Mis sentimientos no cambiarán por ello. Te seguiré amando locamente. Pero deseo saber si aún me queda una débil esperanza por remota que ella sea.

Cross apuró el licor.

—Cuando he venido, por causa de Newman, desde luego, he sentido dudas. Profundas dudas. No he pensado que aún te amaba, que el fantasma de aquellos días y de aquellas noches de cariño y pasión seguía vivo en mí. Ahora, muñeca, sé la verdad. Sé... —Que no me quieres. ¡He deseado matar a Sidney tantas veces!

—Déjame a mí. Seguimos siendo amigos, ¿verdad?

—Verdad —cabeceó ella.

—¿Qué sabes de los negocios de Newman?

—Bastante. Soy mucho para él, significo mucho en su vida..., ¡todo lo que desearía significar en la tuya! Está metido en algo grande, lo sé. ¿Es por eso que vas tras su pista?

—Sí —afirmó Austin, acariciando los rojos cabellos de Alma—. ¿Qué es ese «algo grande»?

—¡No te metas en este asunto! —exclamó Alma, repentina y sinceramente asustada—. ¡Te matará, cariño, te matará! Sé que contrató a un grupo de profesionales del crimen porque le sorprendí hablando con uno de ellos y tuvo que darme una explicación. Me dijo que dentro de muy poco tiempo se convertiría en uno de los hombres más importantes del país. Incluso recuerdo que bromeó, añadiendo: *Toleraré a Reagan mientras me convenga. Luego, le*

daré una patada como la que los demócratas le dieron a Nixon en el culo. Está endiosado y consciente del mucho poder que maneja. En mis manos, a veces, resulta un insignificante muñeco...

La puerta se abrió, ahora, en aquel instante, con estremecedora violencia. Como consecuencia de una brutal carga.

Alma Sydow lanzó un grito ahogado.

Austin *Cross* se revolvió, agresivo, pero hubo de contenerse.

—Los hombres, mi querida niña, somos muñecos en manos de las mujeres como tú... hasta que dejamos de serlo. Hasta que somos víctimas de la traición. Y entonces... ¿lo has pasado bien en brazos del señor *Cross*? ¿Has tenido mejor orgasmo que cuando estás conmigo?

El de las pupilas verdosas, que ahora chispeaban de rabia, ira y odio, fusión que excitaba a la violencia y que apenas podía contener, hizo ademán de explayarse. Newman le contuvo, alzando aquel bastón de marfil cuyo rango, con incrustaciones de rubíes y diamantes, quedaba aprisionado entre los dedos de su diestra, al tiempo que musitaba:

—Yo en su lugar, señor *Cross*, me estaría quieto... MUY QUIETO. Estos caballeros que me acompañan y flanquean y a quienes he encomendado la sacrosanta labor de protegerme... —Abarcó con un ademán de su enguantada zurda a la pareja de gatilleros, crispadas sus caras en muecas asesinas, que estaban a derecha e izquierda de él, como dos pasos por atrás, empuñando sendas y negras automáticas, con silenciador, desde luego, la boca de cuyos cañones coincidían en la naturaleza de Austin. Tras el gesto y una pausa de intencionado silencio, prosiguió—: ¿Le decía, señor *Cross*? —Hizo una mueca que equivalía a: «¡Qué distraído soy!», sonrió con estremecedor cinismo y—: ¡Ah, sí! Le decía que estos caballeros arden en deseos de demostrarme que el dinero que invierto en ellos no es ningún despilfarro... ¿Verdad, muchachos?

—¿Acabamos de una vez, señor Newman? —inquirió el pistolero que estaba a su izquierda.

—¡Por Dios, Jennings! ¿Por qué extraña y absurda razón eres tan violento? —Y desentendiéndose de él miró a la pelirroja, desnuda y deseable, con mirada que equivalía a una sentencia de muerte, preguntándole—: ¿Por qué eres tan ramera, querida?

—¡Sidney, te lo ruego! Podemos arreglar este asunto entre tú y

yo..., solos. Deja marchar a *Cross* y...

—¿De veras tengo cara de idiota, cariño?

Austin juzgó llegado el momento de intervenir. Necesitaba ganar tiempo jugando la carta de la sorpresa. Si conseguía desconcertar a Newman tendría mucho ganado, mientras iba pensando en la forma de solventar tan incómoda situación. Largó:

—Tú y yo, Sidney, sí podemos llegar a un acuerdo... «solateras» los dos, ¿hace? Incluso si me lo pidieras por favor, ahora que ya no estoy en la policía, podría trabajar para ti.

El banquero hizo ademán de falsa sorpresa. De agrado inclusive.

—¡Válgame el cielo, *Cross*! Qué cosas tan agradables sabes decir. No te importa que también te tutee, ¿verdad? Trabajar para mí, ¿a cambio de qué?

—De mucho dinero... *y mucho silencio*, Sidney.

—¿Silencio? —Arqueó las cejas.

—Verás, compañero..., no te importa que te llame compañero, ¿verdad? —Austin se pasó a la línea irónica del otro. Añadiendo—: Tengo pruebas fehacientes, calentitas... de que René Morales, Krenser, Ajita Donovan y compañía. Chevy Guevara y yo tuvimos un amplio y cordial cambio de impresiones en Washington, ¿comprendes?

—Guevara fue el último en llegar y no tenía noticias de que yo...

—Se disparó Sidney Newman cerrando la boca, de pronto, a cal y canto, apretando incluso los labios, cuando se dio cuenta de la absurda torpeza que acababa de cometer, de la estúpida puerilidad con que había caído en tan infantil lazo.

—Te hacía más inteligente, Sidney.

—¡Y lo soy... Y LO SOY! —estalló, congestionado, con crispación que amenazaba desembocar en un ataque apopléjico.

—De todas formas, no ha sido un señuelo —mintió Austin, felicitándose de su acierto y de su buena estrella, sintiéndose a la par un tanto dueño de la difícil situación en que junto con Alma estaba inmerso. Agregó—: Dispongo de esas pruebas y te lo demostraré... si nos asociamos, naturalmente.

—¿Crees que puedo dar credibilidad a tu ofrecimiento, expolizante?

—¡Yo lo balearía y a otra cosa, señor Newman! —estalló Jennings, moviendo elocuentemente la mano armada—. ¡Es un

embustero y un hijo de perra!

—Lo de hijo de perra, mi fiel y excitado Jennings, admitido. Respecto a lo otro... ¡Austin!, ¿puedes demostrarme de algún modo gráfico que existen esas pruebas... y que como socio serás fiel, honrado e íntegro?

Austin estuvo a punto de soltar una exclamación de angustia. No por las palabras que acababa de pronunciar Sidney Newman, no. Pero sí porque estaba captando por el rabillo del ojo la sigilosa movilidad de Alma Sydown..., una movilidad que, de percatarse los otros, podía desencadenar una lluvia de proyectiles en la que él y la chica iban a llevar, sin duda, la peor parte.

Austin comprendía lo que la pelirroja intentaba. Llegar con la mano al cajón del tocador en el que guardaba un arma, distraer la atención de ellos, dejar libertad de maniobra a Cross... ¡Pero era un suicidio! Y el exsargento no podía gritarle, aunque lo deseaba con toda su furia: «¡Estáte quieta, muñeca! ¡QUIETA! ¿No ves que nos matarán?».

Newman interpretó de otra forma el silencio de Cross. Aquel silencio tupido en el que podía percibirse la agitada respiración del «ex».

—¿No hay forma de demostrármelo, verdad, compañero?

Reaccionó fulminante:

—¿Estando aquí...? ¡Imposible! ¿O supones que soy el mago Merlín?

—¡Ah, ya, claro! —se burló el otro—. Te sigo pareciendo un idiota como a nuestra dulce amiguita...

Sidney había mirado hacia Alma.

Cuando los dedos de la mano derecha de la pelirroja, pasados a su espalda desnuda, estaban ya en contacto con el dorado tirador del cajón superior del tocador.

—¡Eh...! —exclamó el banquero, percatándose de la jugada—. ¡No, muñeca, no! ¿Qué pretendes?

El bastón de marfil subió hacia lo alto hasta quedar en horizontal y apuntando al voluptuoso cuerpo de Alma Sydown.

¡SSSSSLAP!

Un extraño ruido. Un silbar que recordaba el de las serpientes.

—¡Aaaaaaah!

La sensacional pelirroja alzó ambas manos hacia la garganta

tratando de arrancar aquel extraño moscardón que parecía haberse clavado en ella y estarle horadando su tersa piel al tiempo que le inoculaba un chorro de fuego, un líquido ardiente que la hacía zozobrar, que...

QUE LA HACIA MORIR.

Se desplomó de manera ruidosa impactada contra el tocador para que luego su caída final quedase amortiguada por los bucles de pelo dulces, suaves, de la moqueta de Bruselas.

Los segundos que precedieron a la total y definitiva inmovilidad del excitante cuerpo de Alma Sydow fueron de expectante tensión. Un breve *impasse* tras el que se avecinaba la lluvia de proyectiles que Austin, *in mente*, había imaginado al constatar las intenciones de la pelirroja.

—¡Eres un mal nacido, Sidney! —rugió.

—¡Matadle! ¡MATADLE YA! ¡MATADLE! —gritaba, enloquecido, rojo su rostro como la grana, crispado y cómodamente patético, el banquero—. ¡MATADLE!

Jenning y su colega no se lo hicieron repetir, no.

Le dieron al gatillo.

El brinco de Austin fue de película. Salió en plancha con la cabeza por delante para clavársela a Sidney en la boca del estómago, aprovechando que aquél, sollozante, corría para echarse sobre el cadáver de la pelirroja y abrazarlo.

Los taponazos se dejaron oír con su macabra y apagada melodía y los proyectiles subsiguientes no hallaron al destinatario yendo a desconchar las paredes de la estancia.

—¡Marica de mierda! —barbotó Newman, al encajar el inesperado impacto.

Austin se fue arriba y le clavó la puntera del zapato en la barbilla alzándolo brutalmente cuando se encogía y estrellándolo encima del compañero de Jennings que se había movido para rectificar el ángulo de tiro.

Sidney y el pistolero rodaron en tierra.

Jenning saltó a la derecha intuyendo que Cross venía por él, buscando libertad de movimientos para ensayar el disparo definitivo. Austin entendió que así lo haría y le saludó, saliéndole al encuentro dado lo reducido del lugar para moverse cómodamente, en un abrir y cerrar de ojos, le saludó, decíamos, con un zurdazo en

el plexo que hizo boquear al asesino con expresión agónica al tiempo que la pistola escapaba de sus dedos sin fuerza.

Los segundos eran vitales, decisivos, sí.

Austin se revolvió como un tigre acorralado justo a tiempo de recibir la embestida del otro, que suponíéndole con menos capacidad de reacción y esperando que siguiera de espaldas a él, se aprestaba a estrellar contra su nuca ambos puños entrelazados.

Le hurtó en centelleante escorzo dejando que el propio impulso que ponía en el golpe lo venciera hacia abajo, acompañándole con un estampido del canto de su zurda en pleno cogote que lo amorró violentamente en la moqueta peluda dejándolo incrustado en ella decúbito prono.

Era un continuo jugarse la vida porque Jennings...

¡Había atrapado la automática y estaba ya dándole al gatillo!

Dos pedazos de plomo llevaron la muerte a escasos milímetros de la sien de *Cross* que escapó en un alarde de reflejos y con un providencial soplo de la fortuna. Unas pintas de sangre asomaron en la epidermis que las balas habían rozado hasta desgarrar levemente.

Inmerso en aquella vorágine que lo succionaba obligándole a debatirse entre la vida y la muerte, su instinto le inclinó a deshacerse definitivamente de Jennings por considerarle el peligro más inminente...

Iba a saltar sobre él cuando el brillo que leyó en los ojos del criminal, que casi le deslumbró, fue la chispa vivificadora que incendió su cerebro advirtiéndole que ¡Sidney Newman se había alzado enfilando su bastón contra la espalda de Austin *Cross*!

Una mueca letal, sardónica y satisfecha, una expresividad de cruel regocijo contraía las rasuradas facciones del banquero, convencido de que la hora del expolicía había llegado al fin.

YA... *CROSS* NO ERA MAS QUE UN CADÁVER QUE SE MOVÍA POR SEGUNDOS.

—¡Muere, muere, muere... MUERE DE UNA MALDITA VEZ!

Y se vino contra la alfombra peluda decidido a tragársela.

Alzando los ojos a ras de tierra para comprobar con un suspiro de alivio cómo la nueva mariposa asesina enviada por el diabólico bastón del banquero, aparecía siniestramente clavada entre los ojos de Jennings.

Austin, al segundo siguiente, empezó a girar sobre sí.

Newman, consciente ahora, tras su monumental fallo, de que estaba a merced del otro, salió disparado por la puerta que casi había saltado de sus goznes cuando llegara acompañado del par de asesinos, apartándola con intencionado estrépito.

Cross, al verle huir, saltó hacia adelante yendo en su busca.

Justo en el instante que la cabeza de Austin cruzaba la divisoria de la jamba y el pasillo sonó el doble taponazo:

¡PLOC! ¡PLOC!

Vio cómo Sidney Newman se detenía en seco, de golpe, en plena carrera, como si una fuerza tan poderosa como invisible lo atrapase por la espalda tirando de él hacia atrás, hacia delante después, lo dejara luego danzar como un beodo.

Giró la testa hacia el otro extremo del pasillo y en fracciones de segundo tuvo la fugaz visión de una figura vestida totalmente de negro con la cabeza metida en una amplia capucha de idéntica tonalidad funeraria.

Fueron unos instantes de duda.

¿Newman...? ¿Se podía hacer algo por él? ¿Obtener una última y definitiva confesión?

¿Correr tras el encapuchado...? ¿Era el... *quién*? ¿Estaba la solución en arrancar aquella tela negra y comprobar el rostro que se ocupaba tras ella?

—¡Oiga, oiga! —exclamó alguien—. ¿Qué ha sucedido aquí?

—¡Y yo qué mierda sé! —Gruño *Cross*, en medio de un monumental cabreo, increpándose por su falta de decisión, por la parquedad de reflejos en el momento culminante—. ¡Lo he dejado escapar! ¡Y Newman muerto!

El tipo se le venía de cara, evitando pisar el cadáver que estaba de bruces en mitad del pasillo.

—¿Se refiere usted al banquero...? ¿A Sidney Newman? ¿Se refiere a él? ¿Muerto...? ¿Ha dicho que está muerto? ¡Pues usted se quedará aquí para explicarle todo este galimatías a la policía! ¡Y no se ponga tonto...!

Con toda la mala leche que tenía concentrada en su naturaleza, Austin, saltando como una fiera sobre aquel gilipuetas, le metió un puñetazo en mitad de la cara, acompañado de un gráfico y demoledor
uno-dos

en el estómago, que dio con el tipo en tierra totalmente *groggy*.

—¡Al carajo, imbécil!

Y buscó la forma de largarse del *night-club* antes de que se presentasen mayores dificultades.

CAPÍTULO IX

—Por tu aspecto se diría que vienes de poner paz entre iraquíes e iraníes.

—¿Quieres olvidarte de las ironías, Belinda?

La periodista mostró expresión dolida frente a la actitud hosca y taciturna de Austin. El, estaba con la mirada fija en la otra mujer, en la desconocida de rostro cetrino y facciones grandes que, inclinada la cabeza ligeramente, como queriendo hurtarse a la inquisitiva mirada del hombre, se hallaba sentada en una de las butacas del *living*.

—¿Quién es? —inquirió, encarándose con la morena de enormes ojazos negros.

—Lorena Morales.

—Ni idea.

—Hermana del René Morales que ayer fue asesinado y después carbonizado en un garaje en desguace.

No evidenció excesiva sorpresa. Siguió interrogando:

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—En la redacción del periódico he dejado el teléfono de tu apartamento por si se producía alguna novedad que fuera de mi interés. Me han llamado para decirme que estaba allí una tal Lorena Morales preguntando por mí. He ido en su busca y cuando me ha informado del porqué de su visita le he rogado que viniese aquí. Acompañame...

Pasaron al interior del *living* y Belinda les presentó.

Lorena seguía con la vista inclinada al suelo.

—Explícale por qué me buscabas —dijo la periodista.

—Bueno... usted ya lo sabe, ¿no? —razonó la de piel aceitunada.

—Prefiero que seas tú misma quien se lo diga a Austin.

—Si, por favor... —insinuó él, procurando acertar con una

entonación más sociable que la empleada hasta entonces.

—Mi hermano, René... ¡yo ignoraba cuáles eran sus verdaderas actividades!, aunque no debo ocultarle que sospechaba algo nada bueno, pero...

—Olvídate de eso ahora, Lorena —dijo *Cross*, dándole una suave palmada en la mejilla—. Dime, ¿de qué se trata?

—René me entregó este sobre —alzó el que sostenía entre los dedos de la diestra—, en el que había anotado la dirección de la señorita Foster. Me dijo que si le ocurría algo malo, que la buscase inmediatamente y se lo entregara a ella.

—¿Qué hacías tú en Nueva York? —quiso saber Austin, recogiendo el sobre que Lorena le tendía.

—No tengo... no tenía más familia que René. Nuestros padres murieron... Me llevaba con él a todas partes, en todos sus viajes. Precisamente esos cambios bruscos de residencia me llevaron a suponer que sus actividades no eran las que él me decía.

Austin *Cross* ya estaba contemplando la foto que había sacado del sobre. Estaba claro que aquella reproducción se había hecho partiendo de otro retrato y no de un negativo, pero... ¿Qué importaba eso ahora?

—¡Santo cielo! —exclamó, atónito, como si rezara—. ¡No...! ¡No es posible!

—¿Conoces a la pareja? —inquirió Belinda, apretándose contra él y señalando al hombre y a la mujer que se estaban besando en la foto, a pesar de lo cual se distinguían perfectamente sus facciones. Y respondió ella misma—: Yo, a él, sí.

—Y yo... —volvió a susurrar *Cross*, cautivo todavía del asombro no ya de la intimidad que revelaba el retrato, sino de la evidencia que arrojaba sobre aquellos hechos conflictivos que se habían desarrollado tan rápida y confusamente—, *a ella*.

—Bueno, la identidad de esa mujerzuela, la he deducido en virtud del sexto sentido femenino. Es...

—¡Calla, por Dios! —la cortó él, mesándose nerviosamente los cabellos—. Por favor... ¡No podía esperar algo así! ¡No, de veras! Esto...

—¿Te ata de pies y manos, verdad? —inquirió Belinda, colgándose del hombro de Austin y acariciándolo con ternura.

—Sí... —suspiró profundamente. Y añadió, al instante, en un

rapto decisorio—: ¡Y no! No esperaba esto ni tampoco llegar al fin, así de pronto, de una forma tan brutal. Si el destino lo ha querido... —Eché a caminar hacia la puerta.

—¿Adónde vas. Austin?

—¿Hace falta que te lo diga?

—¡Necesitas descansar! ¡Sé razonable!

—Sélo tú, princesa. ¿Crees honradamente que podía descansar ahora?

La periodista ensayó un gesto de abatimiento y al mismo tiempo de sincera comprensión. Sentenció:

—No..., creo que no. Al menos yo, en tu lugar, no podría. — Gracias, Belinda.

CAPÍTULO X

—De veras que me ha sorprendido tu llamada, Austin —dijo la mujer, dejando resbalar por sus labios sensitivos el amago de una sonrisa. Agregando—: Y extrañado cuando has insistido tanto en que él no estuviera en casa. ¿Sucedo algo malo?

Cross apartó la mirada de los ojos almendrados de la hembra.

—Todo lo malo que podía suceder, ha sucedido ya. Y tú lo sabes porque no eres ajeno a ello —pronunció, sentencioso, al tiempo que depositaba la foto, con sumo cuidado, en el regazo de ella. Añadiendo—: El te quiere demasiado y por eso ha cometido tantos errores. ¿No sientes pena de ti misma, no te avergüenzas de haber hundido en el fango a un hombre bueno, de haberlo convertido en un asesino, en un traidor a sus propias convicciones...?

—¿*Todas esas cosas soy yo, Austin?* —inquirió una voz familiar a espaldas del «ex», al tiempo que un contacto frío, el del cañón de un revólver, se hacía ostensible contra la nuca de *Cross*.

—¿Vas a solucionarlo todo con un nuevo crimen..., *Doug Gilmore?* Te creo aún lo suficiente listo como para entender que todo en esta vida tiene un principio y un fin... éste es el tuyo, tu fin, Doug. Todo ha concluido ya compañero. Los viejos tiempos de Dayton quedan ya muy lejos... Mi muerte. Doug no soluciona nada. De veras.

—¡Por qué diablos has tenido que llegar a la verdad! —Tralló el otro, a su espalda—. Creí ayer por la noche... —Siguió Gilmore, acalorado—, que matando al imbécil de Sidney Newman cerraba la puerta a tus investigaciones. Pero cuando esta madrugada he tenido que esconderme, precipitadamente, en el avión, al captar tu presencia... ¡he comprendido que venías por mí! Estaba claro que habíais descubierto la verdad... ¡tú y esa maldita periodista!

—Ha sido la foto, Doug. Abbe Connor, tu mujer, besándose

apasionadamente con el senador Kevin McClure. Debiste volverte loco al descubrir que ella te engañaba con tú más directo enemigo en el Senado, ¿no? Tan siquiera tuviste la valentía de librarte de una mujer que no merecía tu cariño.

—¡No hables así de ella! —gritó Gilmore, acentuándose su nerviosismo en el tono de voz—. ¡No la insultes —insistió. Añadiendo—: Yo la adoro!

—¡Acaba ya con él, Doug! ¡Ya! ¡De una vez por todas! —le instó, cruel Abbe Connor, señora de Gilmore, alzándose de su asiento.

—Entiendo que por amor se pueden hacer muchas cosas, muchas... —Siguió Austin, abatido el tono como su expresión, tranquilo lo mismo que si una vez más no se estuviera jugando la vida, cuando se la jugaba más que en ninguna otra ocasión—, siempre y cuando la pareja lo merezca: Pero ¿Abbe? ¡Por Dios, Doug, qué bajo has caído!

—¡Cállate! ¡He dicho que te calles! —Le apretó el cañón del revolví, con mayor fuerza, contra el cogote.

—¡A ti lo de la Mafia te importa un bledo!, ¿no es cierto? Pero te dolía en el alma que tu mujer se andara acostando con uno de los mafiosos preponderantes del país quien, para mayor inri, estaba metido en el Senado... se sentaba enfrente tuyo, lo encontrabas a diario en los pasillos, ¡y a lo mejor les contaba a algunos lo bien que se lo pasaba con la esposa de su colega Gilmore!

—¡Calla ya..., por Dios! ¡Calla o te mato, Austin! Y cree que me resisto... ¡cree que estoy buscando una solución!

—¡No tienes otra que matarlo, Doug! —estalló Abbe.

—Ella tiene razón, Doug —aseveró el propio Austin *Cross*—. No es en realidad solución pero estás obligado a matarme si la quieres mantener a tu lado. Como se hizo necesario matar a Kevin McClure, ¿no? Pero como tenías miedo de que más de uno estuviera al corriente de las relaciones de Kevin y Abbe, comprendistes que todo debía ser el resultado de un plan minuciosamente elaborado y matemática mente realizado, ¿no es cierto? Y todo empezó en el Senado con aquella encendida arenga contra la Mafia, con aquel patético llamamiento a los políticos de *los conceptos claros y las ideas sanas*. Te basabas en un trasnochado argumento policíaco, de novela, que tenía por finalidad un solo crimen válido confundido entre otros que cumplían la misión de confundir y alterar los

hechos: ¡GOLPE A LA MAFIA! El verdadero motivo: asesinar a Kevin McClure. Necesitabas un hombre de paja, alguien que se encargara del trabajo... ¿decimos sucio, Doug?

—¡Acaba ya! —se desesperó Abbe—. ¿Cuánto tiempo piensas seguir escuchándole?

Austin sabía que Gilmore se estaba enfrentando a un difícil problema de conciencia. No encontraba la fuerza suficiente para apretar el gatillo. Por eso siguió:

—Le prometiste a Sidney Newman una Mafia nueva, más organizada y poderosa, que controlaríais entre ambos. Pero para eso hacía falta eliminar a una serie de hombres clave... ¡Kevin McClure ante todo! El banquero, megalómano de poder, te secundó. Matar a Calogero Caretti era la idea genial de tu plan, ¿cierto? Saliendo al extranjero para matar al «don» jamás nadie, jamás, lograría llegar a la verdad, al por qué unos asesinos internacionales... *habían volado sobre el nido de la Mafia*. ¿Quién podría no ya entender, sino imaginar, que el cerebro de un hombre locamente enamorado de una mujer baja y ruin, había hecho girar aquella noria dantesca para deshacerse, sola y exclusivamente, *del amante de su esposa*? ¿Quién? Luego, una vez materializado el proyecto, a refugiarte en tu postura de hombre fracasado por la incomprensión de los demás, de político íntegro y honesto apartado por la tolerancia de un Gobierno que prefiere convivir, que vivir, ¿no? Pero feliz y satisfecho porque tu mujer ya no se acostaría con el colega Kevin McClure. A lo peor, Doug, Abbe ya ha puesto sus ojos en otro miembro del Senado.

—¡MATALO DE UNA VEZ. ESTÚPIDO! —rugió como una posea, inyectados los ojos en sangre, Abbe Connor, señora de Gilmore. Y saltó a la espalda de Austin, barbotando lo mismo que las serpientes escupían su veneno—: ¡Trae esa pistola! ¡Tráela, inútil!

—¿Vas a dejar que sea ella quien haga esta vez el trabajo sucio, Doug?

Cross no pudo verlo pero intuyó que el índice de Gilmore se estaba curvando, nerviosamente, alrededor del gatillo.

—¡Mátalo ya, imbécil!

Austin, de pronto, impensadamente, salió de su inmovilidad. De aquella aparente apatía con la que aceptaba la muerte a que Abbe le

condenaba y Doug ejecutaba.

Se fue hacia abajo, volteó, sus piernas llevaron la silla por los aires y todo ese aparato distrajo durante segundos la atención de la pareja.

—¡Lo siento, Austin...!

Cross estaba en tierra, encima de la alfombra, cuando Gilmore efectuó la exclamación tirando definitivamente del gatillo.

Lo esperaba, claro. Al fin, tenía que encontrar fuerza para hacerlo.

Por eso le resultó fácil hurtarse a la andanada de plomo.

¡BANG, BANG, BANG!

Los proyectiles persiguieron sañudos la silueta de Cross girando vertiginosamente, ausentándose de la cita con la muerte una vez más... Se vino arriba como por arte de magia Con un revólver de reglamento en la diestra.

Empuñado con firmeza.

Sabía que estaba obligado a hacerlo por muchísimas razones. La principal, evitarle la humillación y la cárcel para siempre a quien un día fuera su mejor amigo. La primera, porque Doug Gilmore ya había disparado, y ahora, «caliente», excitado por la idea original que le llevara a escenificar tan magna operación —idea llamada Abbe Connor—, seguiría tirando del gatillo.

Y alguna vez, claro, podía hacer blanco.

¡BANG!

Hizo un solo disparo.

—Lo siento, Doug. Siento que haya tenido que ser yo...

Un disparo certero.

Que atravesó la frente del senador por Ohio, Doug Gilmore, empujándole violentamente atrás. Tumbándole decúbito supino sobre la alfombra, muy quieto, inmóvil...

MUY MUERTO.

—Lo siento, Doug, compañero. Lo siento.

Abbe Connor echó a correr por el pasillo hasta que se encontró, de repente, encerrada en los fornidos brazos del comisionado de Nueva York. Wallace Spielberg, quien, haciéndola regresar, dijo al asomar a la sala:

—No, he querido *molestarle*, SARGENTO Cross, por entender que *esto* era asunto personal suyo.

Austin alzó la cabeza mirando al otro más que con asombro, con extrañeza.

—¿Para qué ha venido, comisionado?

—Para devolverle una placa y una pistola..., aunque ya veo que tiene otra, que se dejó usted olvidadas encima de la mesa de mi despacho. Belinda Foster me ha dicho esta madrugada donde podía encontrarle y yo... —Hizo un breve alto, exclamando—: ¡Buena chica esa Belinda!, ¿verdad, Foster? ¡Ah, discúlpeme! Olvidaba que tiene usted muy mala impresión de ella desde que escribió aquel artículo tan largo y farragoso... ¿cómo se titulaba? ¡Vaya, se me olvidó!

—*Alguien voló sobre el nido de la Mafia* —dijo la voz cálida de la periodista, asomando por la arcada que desde el pasillo daba acceso al salón-biblioteca.

El musical registro de aquella voz fue lo que hizo reaccionar a Cross.

—¡Belinda...! —exclamó—. ¡Belinda!

Corrieron ambos al mutuo encuentro.

—¡Austin! ¿Estás bien?

La estrechó apasionadamente.

—Teniéndote entre mis brazos, mucho mejor. ¡Te quiero, periodista, te quiero!

—Y yo a ti, expo...

—¡Sargento de la Brigada Antiatracos! —la corrigió él.

—Lo celebro, amor. ¡De veras que lo celebro!

Wallace Spielberg había abandonado la estancia al tiempo que esposaba a la mujer del fallecido Gilmore.

—¿Acaso estoy detenida? —rugió ella, pateando sonoramente.

—¡Ca! —ironizó el jefe superior de la Policía neoyorquina—. Es que ahora se lleva así a la gente para que la canonicen.

Belinda Foster y Austin Cross se estaban besando, ajenos a todo lo que no fuera su propio amor.

Ajenos también a la silenciosa presencia del cadáver de aquel hombre que... *había volado sobre el nido de la Mafia*.



01715

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

